

LA BURGUESÍA Y SU CONCIENCIA DE CLASE: CONTENIDO Y TENDENCIAS.

Por José Valenzuela Feijóo

“La verdadera moral, como la verdadera política, es la que trata de acercar a los hombres, con el fin de hacer que trabajen, mediante esfuerzos conjuntos, en su dicha mutua. Toda moral que separe nuestros intereses de los de nuestros asociados, es falsa, insensata, contraria a la naturaleza.”

D’Holbach.

“Cuando vi que llegaba a aquella parte de mi vida, en la que cualquiera debe arriar las velas y lanzar amarras, lo que antes me plació, me pesó entonces.”

Dante.

I.- Las interrogantes centrales.

La ideología de una clase la podemos entender en un sentido amplio, como equivalente a la conciencia social de la clase. O bien, en un sentido más restringido, como aquella parte o aspecto de esa conciencia que implica un reflejo distorsionado (equivoco, erróneo, falso) de la realidad y que viene condicionado por los intereses económicos y políticos de la clase. En toda conciencia social significativa (como la de una clase dominante) encontramos múltiples elementos y relaciones, estructurados e interconectados con mayor o menor fuerza. Aquí, como siempre, el todo es más que la parte y, por lo mismo, la separación indicada entre lo verdadero y lo falso puede resultar hasta algo ingenua. Como no pretendemos entrar a la discusión de las categorías imbricadas, nos limitamos a advertir sobre el problema. Para lo que perseguimos en las notas que siguen, nos basta la noción más gruesa: en la conciencia de una clase, como la burguesa, se encuentran aspectos abiertamente falaces y otros que implican juicios verdaderos. A lo largo de estas notas, por lo general manejaremos la primera y más amplia acepción. Y advertiremos en el eventual caso de que utilicemos la segunda.

Por conciencia social (en otros tiempos, con cierto dejo metafísico, se hablaba de “cosmovisión”, y muchos usaban el alemán “weltanschauung”) entendemos las formas de representación que se manejan sobre la naturaleza y sobre la sociedad (incluyendo las nociones falsas y las simples especulaciones), las creencias y valores sobre lo bueno y lo malo, lo justo e injusto, lo bello y lo feo. En suma, las creencias morales y estéticas que maneja la clase.

Como una clase está compuesta por muchísimos individuos, podemos suponer que las diversas conciencias individuales difieren en tales o cuales aspectos. Luego, la conciencia social de la clase debe contener lo general o común de las conciencias individuales, amén de lo dominante. Es decir, hay ingredientes que pudieran no estar en

tales o cuales individuos, pero importan en cuanto se trata de rasgos relevantes y decisivos en la conducta social de la clase.

La conciencia de una clase dominante, como lo es la burguesía, debe satisfacer dos funciones centrales: a) guiar la actividad de la clase, sobremanera en el espacio político y cultural; b) en sus términos, contribuir a la dominación de la clase. Lo cual significa que esta ideología penetra también al cerebro de la clase explotada y que, al hacerlo, da lugar a la creencia de que el sistema vigente es legítimo. Es decir, lo justifica y genera adhesión. Esta segunda función, implica algunos componentes que distorsionen lo real, que oculten sus lados “desagradables” o que, por lo menos, lo presenten con rasgos que lo tornen algo más aceptable. El problema es que este componente de distorsión, puede ser dañino para la función primera, la de orientar el comportamiento de la clase. Cómo se pueden conciliar estos aspectos, si es que se pueden conciliar, es algo que nos preocupará en las notas que siguen. Pero hay más.

Como regla, la clase dominante funciona con una conciencia de sus intereses más o menos elevada. Esta es la hipótesis que usualmente se maneja y nos debemos preguntar por su validez. Y si tal idea se acepta como básicamente correcta, la pregunta que sigue es sobre el por qué de tal situación. Más precisamente, se debe examinar cómo esta hipótesis es compatible con otras dos: a) la que señala que la ideología dominante a escala de la sociedad global es la ideología de la clase dominante; b) la que agrega: que tal ideología sirve como herramienta de alienación de los grupos sociales dominados y explotados.

Otro aspecto decisivo se refiere a la posible evolución de esta conciencia clasista. Pueden cambiar los contenidos, asumir un peso relativo diferente. Por lo mismo, se puede alterar su funcionalidad. Antes de entrar directamente a responder, conviene introducir algunas consideraciones preliminares que deben ayudar a una mejor comprensión del problema.

II.- Conciencia de clase adecuada y distorsiones ideológicas.

Dos serán los puntos centrales que nos preocuparán. Primero, en el caso de la burguesía, aclarar que conciencia de clase adecuada no significa ausencia de distorsiones, ideológicamente determinadas. Segundo: señalar que alta conciencia de los intereses clasistas no significa, necesariamente, alta eficacia política. La conciencia adecuada es condición necesaria mas no suficiente.

Empezamos concentrándonos en el primer punto, el de los componentes de verdad y falsedad en la conciencia de clase de los de arriba y el papel que pueden jugar. A título previo, vaya un llamado a la precaución. Esta conciencia no es homogénea y presenta alteraciones, a veces no menores, entre tal o cual fracción de la clase capitalista. Por ejemplo y muy señaladamente, entre la burguesía industrial y la financiero-especulativa, se observan planteos y visiones diferentes y hasta encontradas. Asimismo, tenemos que la conciencia social de la clase capitalista, va experimentando transformaciones a lo largo del tiempo. Por ejemplo, entre la visión que maneja un David Ricardo –que es partidario del capital y lo hace con dura franqueza- y un Milton Friedman -que se dedica a embellecerlo con cirugías estéticas nada honradas- hay diferencias notables. En un primer momento, nos olvidaremos de estas variantes y apuntaremos, con bastante tosquedad, a un primer y elemental aspecto.

En la conciencia burguesa, considerada muy genéricamente, podemos encontrar elementos de verdad y también muchos elementos de falsedad. Pero estos últimos aspectos

–los erróneos- no suelen perjudicar a la clase; por el contrario le resultan vitales pues racionalizan y justifican el reino de la clase capitalista. Por ejemplo, se maneja la idea de que los ingresos del capital (las ganancias o plusvalía que genera la economía) son el fruto de la “abstinencia” del consumo en que incurrirían los capitalistas. O sea, se nos indica que opera un real “sacrificio” por parte de éstos y, en consecuencia, la posible explotación como fuente de la plusvalía es una noción que se rechaza completamente. La idea de la “abstinencia” y de “sacrificar el consumo presente” es del todo apologética: ¿alguien, en su sano juicio, puede pensar que gentes como los Rockefeller, los Morgan, los Azcárraga y los Slim se sacrifican en términos de su consumo? En verdad, hasta la misma pregunta resulta grotesca. No obstante, el capital acepta, aplaude y difunde esa pseudo-explicación. Por lo menos en público.¹ Con ello, amén de favorecer a su dominación ideológica, se auto-legitima como clase dominante. Lo cual, si se nos permite el símil, equivale a inyectarle gasolina de alto octanaje a un coche de fórmula uno.

La moraleja que se desprende es muy clara: para la clase dominante, resultan funcionales incluso los componentes más engañosos (i.e. no verdaderos) que integran su conciencia de clase. La clave o “certificado de autorización” reside en su capacidad para legitimar el dominio de la clase. Y si comparamos esta situación con la que tipifica a la clase trabajadora, veremos que surge una clara asimetría. En este caso, el de los trabajadores, los componentes no verdaderos de la conciencia (que suelen coincidir con el corpus de la ideología capitalista dominante) son disfuncionales. No le ayudan sino perjudican a la consecución de sus objetivos. En este sentido, cabe aquí recordar la hipótesis de Lukács : la clase trabajadora necesita manejarse con una visión verdadera (y, en lo posible, científica) del mundo. De seguro, jamás lo logra a plenitud pero tal afán es congruente con sus intereses objetivos. Sucediendo lo contrario con la burguesía. Para ésta, como sucede con toda clase dominante y explotadora, hay por lo menos una porción –nada despreciable- de su cosmovisión que no puede o no debe ser, verdadera. Y valga la aclaración: esta hipótesis es válida, sobretodo, para el período histórico en que la burguesía ya se ha consolidado como clase dominante. Es decir, ya ha “llegado a las alturas”. Entretanto, en su período de ascenso histórico, esta misma clase empujó por una visión más crítica y verdadera de los procesos económicos y sociales: piénsese, por ejemplo, en las contribuciones de los ilustrados franceses (Diderot, D’Holbach et al) y de los economistas clásicos ingleses (Smith, Ricardo, Mill). Estos, describieron con singular hondura los rasgos y exigencias del desarrollo capitalista. Asimismo, llegaron a reconocer, con algunos gramos de ambigüedad, que las ganancias del capital provenían del trabajo excedente que no se les paga a los trabajadores asalariados.

III.- Fracciones de clase y reproducción del sistema. Congruencias posibles y eficacia histórica.

Avancemos en el análisis. En los párrafos previos hemos apuntado, muy someramente, uno o dos rasgos de la conciencia de clase que maneja la burguesía, considerada como un todo. Y desde ya, constatamos que si el interés de clase choca con la verdad objetiva, ésta se deja de lado. Pero esto, es todavía muy insuficiente.

Ahora, podemos cambiar de óptica y preguntarnos por el capitalista o empresario individual. Para decirlo con otras palabras, elegimos una perspectiva micro. Aquí, nos

¹ En privado, a veces se escuchan opiniones muy diferentes e insospechadamente francas.

encontramos con una situación bastante diferente. El empresario individual suele manejarse con un horizonte de planeación que no es de largo plazo. Más bien tiende a operar con una visión corto-placista. Asimismo, el empresario individual suele atender a sus intereses particulares y no a las del conjunto de la clase. O sea, es miope y estrecho.

Lo señalado exige de algunas calificaciones. Uno: los consorcios o corporaciones multinacionales más grandes, sí manejan un horizonte de largo plazo. Son los capitalistas medianos y pequeños, los que, en general, se mueven en el plazo corto. Dos: ¿quién se encarga de velar por los intereses del conjunto de la clase y de hacerlo con una visión de largo plazo? En principio, se sostiene que son los *representantes políticos* de la clase los que asumen esta responsabilidad.² Los cuales, como regla, no suelen ser grandes empresarios. De éstos, se tiende a decir que son pésimos como políticos. Por lo demás, una persona se especializa en la política o en los negocios: difícilmente puede abarcar las dos actividades con alta eficacia. De hecho, tales actividades exigen habilidades y temperamentos disímiles amén de una dedicación casi exclusiva.

También nos advierte sobre el decisivo papel que juega el Estado, como vigilante de los intereses conjuntos y de largo plazo de la clase. En todo esto opera un trasfondo estructural que debe subrayarse. Hymer lo señala con gran lucidez y valga citarlo in extenso: “en el capitalismo la interdependencia mutua y universal de individuos que se conservan indiferentes uno del otro, constituye el tejido social que los mantiene unidos. En el mercado el capitalismo une a los productores, quienes fundamentalmente no reconocen más autoridad que la de la competencia y son incapaces de desarrollar una perspectiva social comparable a la producción social que crean. En la fábrica o corporación se emplea una jerarquía autoritaria para coordinar la mano de obra, para mantener al obrero ignorante del proceso cooperativo en el cual participa y para alienarlo de su trabajo, instrumentos y maquinarias, y su producto. Dada la naturaleza no democrática del proceso de trabajo, no se pueden realizar las posibilidades de desarrollo humano que la ciencia crea, a la vez que el hecho de que los trabajadores no cooperen voluntariamente sino coercionados por una fuerza ajena significa que el capital debe desperdiciar energía constantemente en su lucha contra la insubordinación de aquéllos. Desde el Estado se realizan intentos por coordinar al capitalismo en un plano superior al mercado, de forma tal que pueda reducirse la pérdida de economías externas y suavizar los conflictos entre capitalistas y entre capital y trabajo. Pero el Estado tiene que actuar con las manos atadas. Debe resolver problemas sin dañar al sistema de propiedad privada que produce estos problemas. Las buenas intenciones de la política pública naufragan siempre contra esta roca, y la sociedad está obligada a seguir soportando los costos de la continua rivalidad, la incapacidad de satisfacer las necesidades sociales y la frustración del desarrollo humano.”³ En suma, el Estado debe unificar a la clase capitalista y, a la vez, controlar y reprimir a la clase trabajadora. Sólo habría que advertir: en el último tiempo, de dominio de las grandes corporaciones, éstas se vinculan más estrechamente con el Estado y determinan lo medular de sus políticas. Asimismo, crean fundaciones e institutos de investigación encargados de nutrir al poder político.

² “El apoyo estatal a las clases explotadas implica totalización en el sentido de que el Estado tiene una visión total de lo que el sistema global de explotación y dominación requiere para su eficaz mantenimiento y expansión. Es decir, superando así los criterios estrechos y miopes de determinados individuos y grupos de la clase dominante.” Cf. Göran Therborn, “¿Cómo domina la clase dominante?”, pág. 295. Siglo XXI editores, México, 1987.

³ Stephen Hymer, “Empresas multinacionales: la internacionalización del capital”, págs. 143-4. Edic. Periferia, B. Aires, 1972.

Lo expuesto origina algunas otras interrogantes que conviene adelantar: ¿de dónde surgen esos representantes políticos, cuál es su origen de clase? ¿Cómo operan las relaciones con la clase? ¿Cómo la clase se asegura que tales representantes efectivamente defiendan sus intereses? De momento, dejamos sin respuesta a estas cuestiones.

Prosigamos. Nos preguntamos de nueva cuenta: a) ¿existen los intereses del conjunto de la clase y con cuánta fuerza pueden operar? b) La clase capitalista se divide en diversas fracciones clasistas, las que suelen funcionar con intereses particulares diversos y contrapuestos. Por ejemplo, la burguesía industrial que trabaja para el mercado interno está interesada en protección de la competencia externa: aranceles, cuotas de importación, discriminación cambiaria, etc. Asimismo, es más proclive a los aumentos salariales pues sabe que éstos, al ser gastados, constituyen un fuerte componente de la demanda interna. La burguesía exportadora maneja intereses bastante contrapuestos: visualiza a los salarios como elementos del costo y no como factor de demanda (sus ventas se realizan fuera del país). Por lo mismo se opone rotundamente a su elevación. También, es enemiga de las medidas proteccionistas. Los ejemplos se pueden alargar pero nos basta el reconocimiento de una clase capitalista internamente escindida. Luego, preguntamos: esta diferenciación interna, ¿evita la existencia de un posible interés conjunto?

Respecto a la pregunta (a) la respuesta es afirmativa, sí existen intereses comunes y ellos apuntan a la *reproducción* del sistema. Es decir, a la preservación de las relaciones capitalistas de propiedad. Esta respuesta nos remite a otra interrogante: ¿qué exigencias plantea la preservación y reproducción del sistema? Antes de responder, consideremos la pregunta planteada en el inciso (b) previo. Para el caso, nuestra hipótesis es: las diferencias existen y son muy significativas, pero no anulan la existencia de un interés conjunto.

Cuando se habla de interés conjunto, de la clase en cuanto tal, se tiende a pensar en un rasgo o interés común, genérico. Y éste, según ya se dijo, radica en la preservación-reproducción del sistema. Esta exigencia se puede interpretar en un sentido estático: creer que preservar equivale a no alterar nada en el sistema. Pero esto no iría más allá de un ejercicio de lógica escolástica. La razón es clara: la preservación y reproducción del sistema plantea una exigencia ineludible, el generar determinados cambios de orden estructural. Es decir, desechar ciertas instituciones y formas de funcionamiento del sistema y sustituirlas por otras que sean capaces de insuflarle nueva vida.⁴ En otras palabras, el sistema se preserva no por la imposible ruta de su congelación sino por medio del cambio; o sea, por la vía de su *desarrollo histórico*.

En este marco, podemos retomar el punto (b) previo. En él se señalaba la existencia de diversas fracciones del capital. Estos segmentos ocupan diversas posiciones en la estructura económica vigente en tal o cual país. De estas posiciones se derivan determinados intereses objetivos. Por ejemplo, el capital bancario se congratula cuando el costo del crédito (o tasa de interés) es alto y la inflación nula o negativa. Situación que casi siempre va asociada al estancamiento de la economía. Entretanto, para el capital industrial, tales circunstancias son muy dañinas: suele preferir alguna “inflación reptante” y bajas tasas de interés. Si observamos a otras fracciones, encontramos que algunas quieren impulsar los mercados internos y otras sólo se interesan en los mercados externos. Algunos quieren importar y otros sustituir importaciones. En suma, las distintas fracciones del capital tienden a manejar intereses económicos disímiles y hasta contrapuestos.

⁴ Se puede hablar de cambios en el *patrón de acumulación* vigente en el período.

Los intereses particulares de cada fracción se pueden traducir en determinados modos de funcionamiento y de crecimiento de la economía. Se parte de ellos y se deducen sus consecuencias lógicas en términos de políticas económicas y de estilos de desarrollo. Es decir, tales intereses también existen (a veces virtualmente, en otras en acto) como estrategias o libretos de acción posible, en lo económico y en lo político. Dado esto, nos podemos preguntar: esos libretos o estrategias posibles, ¿se adecúan o no con lo que la reproducción del sistema exige en un determinado momento histórico? Por ejemplo, el sistema puede haber caído en una crisis estructural porque la tasa de plusvalía se ha tornado demasiado baja: los salarios han venido creciendo más rápido que la productividad. En este caso, el carácter de la crisis moldea la posible salida: se deben ajustar los salarios a la baja para elevar la tasa de plusvalía. Para lo cual, el libreto que esgrime el capital de préstamo y especulativo es bastante funcional. Pero puede darse otro caso: la crisis responde a una demanda insuficiente por la vía del subconsumo. La tasa de plusvalía es demasiado alta y provoca problemas de realización. Luego, se necesita mejorar la distribución del ingreso a favor de los salarios y reducir la tasa de plusvalía. En este caso, asumir las posturas del capital bancario y financiero conduciría a una verdadera catástrofe del sistema. Al revés, las políticas de corte keynesiano (o cepalino clásico, si pensamos en América Latina) con fuerte activismo estatal pueden ser las adecuadas y es la burguesía industrial que opera para el mercado interno la fracción mejor ubicada para encabezar el proceso.

Si identificamos adecuadamente lo que la reproducción del sistema exige (algo que es cambiante de acuerdo al período histórico), podemos descartar a tales o cuales proyectos; asimismo, podemos identificar aquel proyecto que mejor satisface las exigencias del momento histórico. Es decir, qué fracción del capital está en las mejores condiciones para dirigir el proceso. Lo cual, valga la acotación, también significa que en tal momento o fase, el interés particular –de la fracción capitalista tal o cual- se transmuta en el interés de la clase en su conjunto. Este es también un método que permite reconocer la *necesidad histórica* que opera, para el capital, en tal o cual periodo. Necesidad o *razón histórica*, que de acuerdo a lo indicado, se encarna en tal o cual fracción de la clase. En otras palabras, los problemas que va engendrando el mismo desarrollo del capital, obligan, cada cierto tiempo, a impulsar algunos importantes reajustes en el funcionamiento del sistema. Para el caso, se habla de un cambio en el “patrón de acumulación”, el que siempre va acompañado de un importante reordenamiento en el bloque de poder. Para nuestros propósitos, el punto a subrayar sería que *cambia la fracción dirigente o hegemónica*. El cambio político que tiene lugar opera a favor de esa fracción del capital que, en primerísimo lugar, es capaz de impulsar el nuevo modo de funcionamiento de la economía que exige la reproducción del sistema. También, que es capaz de lograr un reagrupamiento favorable de fuerzas. O sea, a favor de lo nuevo y en contra de la fracción hasta ahora dirigente, la que empieza a quedarse huérfana de apoyos.⁵

La transformación, por cierto no es ni automática ni fatal. Requiere de circunstancias ideológicas y políticas que pudieran no satisfacerse. En estos casos, el sistema entra en un verdadero “pantano histórico” que lo empieza a descomponer y que bien pudiera desembocar en su desmoronamiento total. A veces, cuando se observan este tipo de situaciones, se habla de “miopía histórica” de la clase dominante.

⁵ Como lo dice el Conde Salisbury pensando en la situación del Rey Ricardo II, “¡Ay Ricardo! (...) miro tu gloria caer desde el cielo hasta la tierra ruin (...). Huyen tus amigos a unirse con tus adversarios y todos los sucesos son contrarios.” W. Shakespeare, “La tragedia del rey Ricardo II”, UNAM, México, 1998.

De lo expuesto también debemos deducir: al interior de la burguesía, existen intereses heterogéneos y por lo mismo, lo que es conciencia adecuada para una fracción no lo es para la otra. Y como una fracción, en cierto período, opera como fuerza hegemónica, podemos también inferir que, al menos en algún grado, impone su visión al de las otras fracciones. Por consiguiente, para las fracciones del capital que no ocupan el papel dirigente, a las distorsiones que imponen los intereses propios, se agregan los que impone el dominio de la ideología particular de la fracción de clase hegemónica.

IV.- Eficacia política.

Lo recién señalado nos lleva a examinar el problema de las relaciones entre la conciencia de clase y la eficacia política. En veces, se encuentra clarividencia política en los más altos ejecutivos de las más grandes corporaciones monopólicas. Pero, como regla, son los políticos profesionales los que se encargan de la tarea.

La existencia de políticos torpes y faltos de inteligencia es un dato. Esto pudiera explicar tal o cual suceso desafortunado, pero a la larga se trata de un factor que explica poco o nada. La eficacia depende de factores objetivos: qué se puede y qué no se puede realizar en el momento del caso. Como ya lo hemos señalado, en tal o cual período la reproducción del sistema se torna problemática y para superar esta situación crítica se necesitan tales o cuales transformaciones. Estos cambios pueden coincidir con los intereses de tal o cual fracción del capital y entrar en conflicto con los intereses de otras fracciones. Dado esto podemos deducir la primera condición de la eficacia política: se requiere la alineación de los políticos con el proyecto económico y político de la fracción que puede encabezar el cambio necesario. En otras palabras, un político lúcido y con dotes de estadista, es aquel que sabe cuál es la fracción del capital que, en un momento dado, debe encabezar el cambio.⁶ También, sabe cuáles son las posibles fuerzas de apoyo. Y luego, en este marco, es capaz de elaborar un libreto o programa atractivo y desplegar la actividad que permita la creación del bloque socio-político capaz de materializar el proyecto.

Ahora bien, suele suceder que la burguesía no maneja uno sino varios partidos políticos, los que van asociados –normalmente- a diversas fracciones del capital. Y estos partidos funcionan como una especie de reservorio del capital: según cuál sea el problema estructural clave del período (el “eslabón principal”) algunos o uno resultará potencialmente más adecuado que los otros. En ocasiones, el partido con más fuerza no coincide con los intereses de la fracción clasista que puede empujar el cambio. Por lo mismo, el reordenamiento estructural no tiene lugar: la política resulta ineficaz.⁷ En todo caso, podemos suponer que, a la larga, el cambio se impone. Aunque la demora, si es demasiado larga, puede llegar a deteriorar gravemente al sistema e inclusive provocar su derrumbe completo: el cambio ya no es a favor del capital sino *contra* el capital en su conjunto. Y valga apuntar: una salida eficaz, o sea exitosa, exige también un *proceso de convencimiento*: que el proyecto de la fracción clasista potencialmente eficaz sea apoyado por el conjunto (o la mayoría) de la clase. En breve, se trata de hegemonizar a la clase. Además, si se trata de un régimen demoburgués más o menos sólido, el convencimiento

⁶ Como regla, no se trata de encontrar políticos saltimbanquis. Los más lúcidos son los que, por equis razones, tienden a coincidir en sus valores e ideas con la fracción clasista del caso. Es decir, son aquellos a los cuales le llega su “hora histórica” y saben asumirla.

⁷ Para precipitarlo. No así para detenerlo. Pero adviértase que esta “eficacia” resulta mortal para el sistema.

debe orientarse al conjunto de la población. En algunas ocasiones esta condición no se satisface y el cambio asume el modo de un golpe de Estado violento: desahucio del régimen demoburgués y uso de la fuerza, esa antigua partera, para abrir el nuevo curso.

En los párrafos previos hemos insistido en la importancia de considerar las diversas fracciones del capital, cómo la posición objetiva que estas fracciones ocupan en la estructura económica da lugar a intereses contrapuestos y cómo pueden surgir discrepancias y conflictos políticos, a veces agudos, entre estas fracciones. Esto último suscita algunas interrogantes que debemos abordar. ¿Hasta dónde pueden llegar estos conflictos? ¿Cómo se articulan con el conflicto básico entre capitalistas y trabajadores asalariados? Por cierto, un aspecto no es independiente del otro.

Empecemos suponiendo que existe una clase trabajadora políticamente muy débil y, por lo mismo, básicamente pasiva. En este contexto, los conflictos inter-burgueses se pueden agudizar y llegar a enfrentamientos incluso armados. En el alineamiento de fuerzas, sobremanera si el conflicto es muy agudo, las fracciones en pugna suelen recurrir a los grupos populares, como fuerzas de apoyo. Si opera un régimen demo-burgués de corte parlamentario o, en todo caso, con sufragio universal, el recurso al apoyo de los “de abajo” también tiene lugar. Si esto sucede, se generan algunas consecuencias eventualmente favorables a la clase trabajadora: se ve impelida a participar en los procesos políticos y *aprende* de ellos. Según podemos leer en un muy conocido texto, “la burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrástralo así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación política y general, es decir, armas contra ella misma.”⁸

Tal panorama puede cambiar bastante si suponemos una clase trabajadora altamente desarrollada y con gran poder político. En este caso la contradicción principal se desplaza desde el interior de la burguesía a una lucha (de facto o potencial) entre las dos clases fundamentales del sistema. En este marco, la hipótesis dominante es la que Sweezy explica con gran claridad: “los capitalistas pueden luchar y luchan entre ellos mismos por intereses individuales o de grupo, y difieren sobre la mejor manera de enfrentarse con los problemas que surgen de la posición de clase; pero por encima de todas estas diferencias está su común interés en conservar y reforzar un sistema que les garantiza su riqueza y sus privilegios. En el caso de una verdadera amenaza para el sistema, desaparecen todas las diferencias de clase, excepto los traidores de clase, que son pocos y divididos.”⁹

Una hipótesis como la descrita no siempre parece cumplirse. Por lo menos en algunos países del “tercer mundo” se señala una posibilidad: que alguna fracción del capital se alinee con un bloque popular dirigido por la clase obrera. Por ejemplo, la burguesía industrial media y pequeña que trabaja para el mercado interno maneja intereses contrapuestos al gran capital monopólico y al extranjero transnacional. Y bajo determinadas circunstancias y coyuntura, pueden transformarse en aliada de la clase trabajadora. Esto, en cuanto se ve que la clase trabajadora puede liquidar –literalmente- a las fracciones de clase que la oprimen. Esto, a plazo corto y medio. Aunque, si piensa en el plazo más largo, debería percatarse que en un proyecto socialista no tiene cabida. De seguro, son esas

⁸ C. Marx y F. Engels, “El manifiesto comunista”, pág. 36. Edit. Progreso, Moscú, 1990.

⁹ Paul Sweezy, “El presente como historia”, pág. 49. Edit. Tecnos, Madrid, 1974.

perspectivas tan disímiles las que provocan las vacilaciones políticas que tipifican a tal capa social. Pero, ¿cómo es posible que llegue a comprometerse con una vía que, a la larga debería dirigirse a un régimen socialista?

La única explicación posible, pensamos, debe encontrarse en: i) una opresión muy dura por parte de las fracciones del capital antes mencionado; ii) la esperanza de poder cambiar el rumbo del proceso en una fase ulterior. En suma, primero liberarse del capital monopólico y extranjero y luego, de la clase trabajadora. La apuesta es bastante arriesgada y, por lo mismo, no ha sido lo más frecuente. Pero sí, en algunas ocasiones, como en China (segundo cuarto del siglo XX), se dio alguna aproximación.

V.- Los representantes políticos: origen y postura de clase.

Retomemos ahora una pregunta todavía sin respuesta: ¿de dónde provienen los representantes políticos de la burguesía? Es decir, ¿cuál es su origen de clase? En muchos casos provienen de las filas de la misma burguesía, algo esperable. Lo curioso es que en otras ocasiones provienen vg. de las filas de la aristocracia rentista (de la tierra o de las finanzas), como en el caso de Inglaterra. O bien, tienen como origen la pequeña burguesía educada. Inclusive, se encuentran algunos hijos de la clase obrera. En verdad, como aquí opera la *asimilación clasista* (con sus correspondientes mecanismos psicológicos en los cuales no vamos a entrar) el punto no es tan importante. Lo que es decisivo es la *postura clasista* que asimila el político, algo que a veces se olvida pues se piensa que un político burgués debe ser un capitalista al pie de la letra.¹⁰ Pero no hay tal: lo que interesa es su postura, lo que piensa y defiende en su actividad práctica. Para el caso recordemos la hipótesis de Marx. Cuando habla de los políticos pequeño-burgueses, señala que “no debe creerse que los representantes democráticos (i.e. pequeño burgueses, JVF) son todos *shopkeepers* (almaceneros) o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida; que, por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquéllos, prácticamente, el interés material y la situación social. Tales, en general, la relación que existe entre los *representantes políticos* y *literarios* de una clase y la clase por ellos representada.”¹¹ En el caso que nos preocupa, cuando el origen de clase no es burgués a secas, lo que interesa es el proceso de asimilación o *adscripción clasista* que pudiera operar. De seguro se necesita una mentalidad arribista y pocos o ningún escrúpulos ético. Pero ésta, cuando mucho, sólo es una condición necesaria.

¿De qué vive el político? Usualmente, cobra algún salario y gastos de representación. Pero al poco andar, si su origen de clase no es burgués, empieza a adquirir algunos bienes raíces (algo muy frecuente), algunos predios agrícolas y algunos activos financieros. Lo cual, termina por proporcionarle la posibilidad de un estilo de vida bastante

¹⁰ En la vida política se pueden observar políticos de origen obrero que defienden los intereses del gran capital e inclusive del gran capital financiero. Y es bastante patético que comuniquen con gran elocuencia que ellos vienen desde muy abajo, que son “hijos del sacrificio.” En verdad, deberían cubrirse de vergüenza, por arribistas, serviles, oportunistas y desclasados.

¹¹ C. Marx, “El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte”, en Marx-Engels, Obras Escogidas, Tomo I, pág. 434. Edit. Progreso, Moscú, 1973.

holgado y congruente con su postura de clase.¹² A la vez, operan los atractivos de la vida burguesa: si destaca como político, es invitado a los clubes exclusivos, a observar y/o practicar algunos deportes exclusivos como golf, equitación, etc. Aprende a jugar bridge, matricula a sus hijos en colegios privados donde van los “niños bien”, trata de cultivar a su esposa en buenos modales y buenos gustos, que asista a veladas literarias con los escritores de moda, que viaje a N. York y París, que aprenda a vestirse con distinción, etc. La trayectoria, como la de todo “parvenu”, es casi siempre grotesca y ridícula, pero eficaz.

En suma: i) es posible que la postura clasista difiera del origen de clase; ii) en las prácticas super-estructurales, como la política, la postura clasista puede no corresponderse con la situación de clase. Aunque sí opera lo que podemos denominar “adscripción clasista.”

VI.- Formación y desarrollo de la conciencia burguesa.

Como toda clase emergente y en ascenso histórico, la capitalista impulsa sus propios ideólogos. Estos, llegan a constituir una pléyade brillante, tanto en Inglaterra como en Francia. En muy alto grado operan como filósofos sociales y más allá de racionalizar y legitimar los intereses de la nueva clase, generan a veces visiones muy agudas de las realidades políticas y económicas de la época. Se trata de autores como F. Bacon (muy importante para el desarrollo de las ciencias naturales), de Hume y Smith en la parte inglesa o de Voltaire, Diderot, Rousseau y los fisiócratas en el caso francés. En su forma más avanzada y progresista este corpus opera como núcleo de la filosofía liberal, la que se pronuncia “en el plano político por la democracia parlamentaria, en el plano económico por el capitalismo industrial de pequeñas y medianas unidades; en el plano social por el acceso al poder y la dominación de la burguesía; en el plano cultural, por las libertades de pensamiento y de expresión; en el plano moral, por el individualismo; en el plano internacional por al famoso principios de las nacionalidades; en el plano religioso por un anticlericalismo más o menos virulento o moderado, según los países.”¹³

La cita, resume bien los propósitos políticos de esta ideología burguesa primigenia, pero a ella se deben agregar las contribuciones *positivas* (i.e científicas) que se lograron respecto a la estructura y dinámica de los procesos sociales.¹⁴ En estos planos, el aporte cognitivo de autores como Smith y Ricardo en el tema económico y de Diderot, Rousseau y J. S. Mill en el político, es muy elevado. Estas contribuciones, funcionan con una connotación nada menor: en todas ellas subyace, a veces *in nuce*, una visión crítica que pudiera, con cargo a ulteriores desarrollos, llegar a ser muy incómoda para la clase dominante. Algo que, por ejemplo, sucedió muy claramente con la teoría económica clásica, la que al ser desarrollada por Marx se convirtió en algo inaceptable para el capital. Tanto que hacia 1870 la sepulta y reemplaza por la visión marginalista y neoclásica. El estadounidense J. M. Clark, con singular franqueza, plantea que “el desafío del marxismo actuó como un estímulo” para buscar otras teorías de la distribución. Las nuevas teorías, las neoclásicas, “ofrecen un sustituto para todas las formas de doctrinas de la explotación

¹² Recordemos la muy conocida frase de un político mexicano: “un político pobre es un pobre político”.

¹³ Joseph Folliet, “La 3° revolution”, en Chronique sociale de France, n° 65, 1957. Citado por André Vachet, “La ideología liberal”, Tomo I, pág. 23. Edit. Fundamentos, Madrid, 1972.

¹⁴ David Hume señalaba que “la política puede convertirse en ciencia”. Cf. “Ensayos políticos de David Hume”, cap. II. Herrero Hermanos, México, 1965.

marxista y demás, que es la teoría según la cual todos los factores de producción (...) reciben retribuciones basadas sobre sus contribuciones asignables al producto conjunto.”¹⁵ O sea, lo que se denomina “valor del producto marginal del factor”.

Conviene detenerse, mínimamente, en algunos componentes específicos del ideario burgués clásico. Este contiene variadas dimensiones, pero aquí nos concentraremos sólo en tres: a) la propiedad capitalista; b) la evaluación que se hace del papel de la razón y de la conducta humana regulada por la razón; c) el individualismo en la conducta y las ventajas que se le asignan.

a) *La propiedad capitalista como núcleo central.*

Para el hombre contemporáneo, las disquisiciones sobre el “orden natural” resultan enrevesadas y no fáciles de asimilar. Para abreviar y simplificar al máximo, podemos indicar: i) se señala que existe un orden social que se califica de natural; ii) tal orden, posibilita o asegura que el hombre logre su máxima felicidad; iii) ésta, se entiende como determinada por el mayor bienestar material posible; iv) tal orden se califica como racional y a sus leyes de funcionamiento se les atribuye un estatus similar al de las leyes físicas descubiertas por Newton; v) en tal orden, la propiedad es el factor clave y es la “única vía de acceso a un nivel de producción económica que permita asegurar el bienestar necesario para la felicidad del hombre.”¹⁶ En consonancia con el rasgo (iv), se sostiene que “la propiedad se convierte en una institución necesaria, derivada del orden físico.”¹⁷

Dicha propiedad, traduciendo, no es otra que la *propiedad capitalista*. A la cual, como regla y con cierto pudor, se le denomina propiedad privada. Luego, el embellecimiento y defensa de esta propiedad opera como principio fundamental del corpus ideológico burgués: según Turgot, “el interés principal al cual todos los otros deben subordinarse es el interés de los propietarios”.¹⁸ Para Mirabeau, “cualquier ataque contra la propiedad debe ser considerado como un auténtico asesinato.”¹⁹ Según Milton Friedman (que fuera asesor del dictador Pinochet), “la libertad económica es un requisito esencial de la libertad política” [...]; las restricciones a la libertad económica afectan inevitablemente a la libertad en general.”²⁰ Hayek, con un desparpajo habitual, dice que “el sistema de la propiedad privada es la más importante garantía de libertad, no sólo para quienes poseen propiedad, sino también y apenas en menor grado, para quienes no la tienen.”²¹ David Ricardo, el gran economista inglés, declaraba que “tan esencial me parece, para la causa del buen gobierno, que los derechos de propiedad se consideren sagrados, que estaría de acuerdo en privar del derecho electoral a aquellos contra quienes pudiera alegarse justamente que tenían interés en poner en peligro los referidos derechos”.²² Como bien apuntara Marx, “todos los desarrollos de la economía política tiene por premisa la *propiedad privada*.”²³

¹⁵ J. M. Clark, “Distribution”, en “Encyclopedia of Social Sciences”, 1931. Citado por M. Dobb, “Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith”, pág. 185. Siglo XXI, B. Aires, 1975.

¹⁶ André Vachet, “La ideología liberal”, Tomo 2, pág. 31. Edit. Fundamentos, Madrid, 1973.

¹⁷ Le Trosne, “Ordre Social”, citado por Vachet, obra citada, Tomo 2, pág. 32.

¹⁸ Turgot, “Lettre au Ministre du la Guerre”; citado por Vachet, Tomo 2, pág. 75. Citado.

¹⁹ Mirabeau, “Ephémérides du citoyen”, citado por Vachet, Tomo 2, pág. 50. Citado.

²⁰ Milton y Rose Friedman, “Libertad de elegir”, págs. 17 y 101. Edit. Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.

²¹ F. Hayek, “Camino de servidumbre”, pág. 139. Alianza, Madrid, 1976.

²² D. Ricardo, “Observaciones sobre la reforma parlamentaria”, citado por S. Hollander, “La economía de David Ricardo”, pág. 526. FCE, México, 1988.

²³ C. Marx y F. Engels, “La sagrada familia”, pág. 96. Grijalbo, México, 1967.

El punto al cual arribamos es curioso. Por un lado se sostiene que la libertad, la democracia, la eficiencia, el bienestar, etc., dependen de la propiedad. Y si a esa propiedad se la daña, todo lo demás se tambalea y derrumba. Por el otro lado, también se postula que la defensa de la propiedad autoriza a destruir todo lo demás. Es la moral del doble rasero que impregna cada vez más a la ideología dominante. En todo esto y más allá de las justificaciones que se tejen para legitimarla, la burguesía nos muestra una conciencia certera: si esa propiedad desaparece, también lo hace la clase capitalista.

La conexión que los ideólogos establecen entre propiedad capitalista y libertad debe ser calificada. Se trata de la libertad del capitalista (que, por sí misma, es más formal que sustantiva), la que no alcanza y sí contradice la del trabajador asalariado: lo que es libertad para el capital, es esclavitud para el trabajador asalariado. Y viceversa. Además, cuando el sistema alcanza su fase monopolista, afecta también a los segmentos no monopolísticos del capital.²⁴

b) *Respeto a la razón.*

El racionalismo siempre va unido a una visión laica de la naturaleza y la sociedad. En esta perspectiva, el hombre tiene el derecho de ser feliz en la tierra. Diderot: “sólo existe un deber: el de ser feliz”.²⁵ Locke: “la mayor perfección de un ser inteligente consiste en aplicarse cuidadosa y constantemente a la búsqueda de la verdadera y sólida felicidad”.²⁶ En esta búsqueda, la razón es el instrumento clave. Con cargo a ella y a experimentos controlados, se pueden conocer a fondo los procesos naturales (físicos, químicos, biológicos) y usarlos a favor del ser humano. Según Burlamaqui, “si es verdad que el hombre sólo actúa con vistas a su felicidad, no es menos cierto que sólo gracias a la razón puede alcanzarla; (...) la observación de las leyes naturales permite la felicidad del hombre y de la sociedad.”²⁷ Lograr la felicidad por la vía del respeto de la razón, tal vez en ello se encierra lo medular del proyecto. Si se quiere, de la utopía primigenia.

c) *Individualismo.*

Esa conducta racional que alaban los primeros ideólogos burgueses, insistamos, debe conducir a la felicidad. Pero ésta, no se piensa como el resultado de una libre asociación de hombres libres y socialmente iguales sino, en virtud del orden mercantil en que se mueven estos autores, se señala que basta que esa racionalidad se aplique a la conducta individual. Incluso, se rechaza toda posible filantropía o caridad, como cosas ingenuas y del todo irreales. De hecho se predica la necesidad de un agente social individualista y egoísta, que sólo persigue su beneficio privado. Pero dada esta especie de constatación, de inmediato se agrega una calificación de vastas consecuencias: si cada individuo se mueve egoístamente tras su propio bienestar, termina por contribuir al mayor bienestar del conjunto. El egoísmo se transmuta en solidaridad y bienestar colectivo. El que mejor abordó el tema fue Adam Smith y conviene recoger sus planteamientos.

Primero: la constatación del papel y móvil de las transacciones circulatorias, de lo que en el mercado tiene lugar: “...el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su

²⁴ Sobre el tema de la libertad en el capitalismo, ver José Valenzuela Feijóo, “El capitalismo y la libertad de los humanos” en J. Valenzuela, “Libertad y razón. Rousseau, Hegel, Marx”, págs. 137-169. LOM edits., Santiago de Chile, 2006.

²⁵ D. Diderot, citado por I. Luppól, “Diderot”, pág. 263. FCE, México, 1986.

²⁶ Según Vachet, Tomo I, pág. 96. Edición citada.

²⁷ Vachet, Tomo I, pág. 102.

benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndolos ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide. Quien propone a otro un trato le está haciendo una de esas proposiciones. Dame lo que necesito y tendrás lo que desees, es el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.”²⁸

Segundo: nuestro autor examina lo que persiguen los capitalistas que llegan al mercado. Con escandalosa clarividencia escribe: “ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. (...) sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público.”²⁹ Es significativa la semejanza entre este juicio y otro de muy diverso origen, el que señala que la burguesía “ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Los complejos vínculos feudales que ataban al hombre a sus ‘superiores naturales’ los ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel ‘pago al contado’. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués (filisteo) en las heladas aguas del cálculo egoísta.”³⁰

En lo básico, el juicio de Smith refleja bien el modo de funcionamiento de la economía mercantil. Y que la conducta egoísta y rapaz pueda combinarse con una asignación más o menos proporcionada de los recursos económicos, también es cierto. De hecho, el curso de la reproducción no se desfonda ni estalla: guarda alguna proporcionalidad.³¹ Algo que, por cierto, no suprime los desequilibrios y crisis. El planteo smithiano, en lo medular, es descarnadamente franco y objetivo: el sistema funciona así y no en balde Hobbes nos habla del “hombre como lobo del hombre” y luego se diría que esta economía opera con cargo a un mecanismo darwineano.³² En la noción de Smith podemos encontrar cierto afán por embellecer el sistema, alguna connotación apologética. Por lo menos abre las puertas a esa posibilidad. Pero son sus continuadores, en especial los neoclásicos que cultivan la llamada “economía del bienestar”, los que extraen las conclusiones más apologéticas y delirantes. De hecho, en esta involución, encontramos una ruta cada vez más transitada por la conciencia burguesa: se pasa del reconocimiento descarnado de las realidades en juego, al ocultamiento o maquillaje de sus aspectos poco elegantes o poco hermosos. En suma, de la visión crítica con alto contenido científico se transita a una visión puramente apologética.

Recapitemos los nudos básicos. Primer ingrediente: buscar la felicidad en esta tierra. Segundo: se trata de buscarla conforme a los dictados de la razón. El tercer

²⁸ Adam Smith, “La riqueza de las naciones”, pág. 17. FCE, México, 1981.

²⁹ Ibidem, pág. 402.

³⁰ C. Marx y F. Engels, “El Manifiesto Comunista”, pág. 29. Edición citada.

³¹ Como bien se ha dicho, la anarquía mercantil no es sinónimo de caos.

³² “Es un error formar o tener lazos demasiado fuertes, porque eso debilita la voluntad y el carácter”, señalaba Henry Ford. Según P. Collier y D. Horowitz, “Los Ford”, pág.46. Tusquets, 1990.

ingrediente es el que glorifica Smith: el individualismo egoísta desemboca en el mayor bienestar, particular y general. La hipótesis smithiana suscita una pregunta: ¿por qué no buscar la felicidad con cargo a una conducta cooperada, actuando como asociación de apoyo mutuo? ¿No es acaso más racional esta perspectiva?³³ O bien, ¿la racionalidad de la parte, implica la del todo? La solidaridad, se corresponde y supone una base: la de una economía democráticamente planificada. El individualismo egoísta, va asociado a una economía de mercado. Y éste es el punto que nos interesa discutir.

¿Qué hace el mercado? ¿Qué no hace?³⁴ Primero, regula la asignación de los recursos productivos. Al hacerlo, no evita desequilibrios como las crisis, el desempleo y la quiebra de innumerables negocios. Pero, en lo grueso, se las arregla para lograr que se produzca lo necesario (dada la demanda efectiva) y en las cantidades necesarias. Que al hacerlo también consiga optimizar el bienestar (o utilidad) que obtienen los agentes mercantiles, es un problema distinto, que no se debe confundir con el de la asignación adecuada de los recursos. Además, en este respecto, la realidad difiere bastante de lo que postula la teoría.

En una economía de mercado, por definición, primero se produce y luego, al llegar al mercado, se logra saber si lo producido era o no necesario. Y esto, en términos indirectos, según los precios se vayan por encima o por debajo de los precios de oferta o “naturales”. En este marco, es inevitable que surjan equivocaciones y que, por ende, se malgasten los recursos del caso. En suma, el sistema siempre opera con cierta cuota de despilfarro de los recursos productivos disponibles. En segundo lugar tenemos lo que sucede cuando la economía mercantil es del tipo capitalista. En este caso, se produce o no según la tasa de ganancia que espera obtener el empresario. Si la rentabilidad del capital se considera insatisfactoria, la inversión se reduce y cae el nivel del Ingreso Nacional. Lo cual, a su vez, genera desempleo de fuerza de trabajo y de equipos productivos. En suma, emerge una importante masa de recursos ociosos. Tercero, las grandes corporaciones que dominan en la fase monopólica del capitalismo, manejan –como regla o norma de operación- una tasa de operación del orden del 85%. O sea, equipos ociosos que giran en torno al 15%. Cuarto: los procesos de producción, guiados por el afán de lucro, generan deseconomías externas que provocan daños enormes al medio ambiente. En suma, tenemos que una economía de mercado, como regla, nunca utiliza completamente a la masa de recursos productivos disponibles. Además, el modo en que se usan, provoca desperdicios y daños ingentes al potencial productivo futuro.

Si nos preocupamos del consumidor de mercado, también surgen serias dudas sobre la hipótesis del máximo bienestar. La teoría neoclásica habla de “soberanía del consumidor”. O sea, éste ordena qué se debe producir y el sistema productivo se pliega a estas órdenes. Algo que es muy discutible. Primero, el consumidor sí presiona, pero lo hace con categorías muy gruesas del consumo: alimentos, ropa, habitación, etc. La particularización de estas categorías genéricas ya es resorte de los productores. Son las empresas las que deciden el tipo de alimento, el tipo de vestuario, etc.³⁵ Segundo, los

³³ “Los hombres pueden procurarse lo que necesitan, mucho más fácilmente por medio de la mutua ayuda y sólo con sus fuerzas unidas pueden evitar los peligros que los amenazan por todas partes.” Ver B. Spinoza, “Ética”, pág. 200. FCE, México, 1985.

³⁴ Un tratamiento detallado y sistemático en José Valenzuela Feijóo, “Teoría general de las Economías de mercado”, BCV, Caracas, 2012.

³⁵ Sobre este punto ver Marc Lavoie, “Foundations of Post-keynesian Economic Analysis”, E. Elgar, Aldershot, 1992.

consumidores suelen ser ampliamente diferentes en términos de su poder de compra. Algunos, manejan altísimos niveles de ingreso; otros, niveles irrisorios y gastan en un año lo que otros en un día. La moraleja es clara: si aceptamos (provisionalmente) eso de las “órdenes al mercado”, serán muy pocos los que ordenan en tanto los otros deberán *subordinarse* al poder de los otros. La desigualdad es enorme y se condice muy poco con el bienestar máximo.³⁶ Además, punto que ya advirtiera Rousseau, pone en solfa el supuesto de libertad de los agentes mercantiles.³⁷ Un tercer y decisivo aspecto se refiere al impacto de la propaganda, fenómeno especialmente fuerte en el capitalismo contemporáneo. En este marco, se da una línea de causalidad muy nítida y que va de la producción al consumo. Es decir, es la producción (encarnada en los grandes monopolios) la que determina el consumo y no a la inversa, como supone la ideología neoclásica. La pregunta que surge es obvia: ¿cómo hablar de agentes que maximizan su bienestar si, de hecho, no son los que deciden sobre qué consumir? La presión de la propaganda, entre otras cosas, impulsa la irracionalidad del consumidor: algo que va desde el no respeto al principio de transitividad, a grados de endeudamiento insostenibles y a tipos de consumo totalmente dañinos al organismo humano: alimentos chatarra, tabaco, vestuario (vg. zapatos), que dañan la estructura ósea, etc.

La conclusión resulta clara: no existe la optimización de resultados que proclama la teoría. Además, conforme el capitalismo se va desarrollando, los problemas que surgen en torno al bienestar se vienen profundizando. ¿Debemos, en consecuencia, rechazar la hipótesis de Adam Smith? Lo primero, sería limpiarla de sus connotaciones apoloéticas, más desarrolladas por los neoclásicos que por el mismo Smith. Hecho esto, replanteamos la pregunta. Y si nos movemos en *el plano de la razón más abstracta e intemporal*, la hipótesis smithiana debe ser rechazada: es más racional una economía que primero averigüe e identifique las necesidades y *luego*, proceda a producir. Pero, ¿es lícito, en materias históricas, manejar esa razón abstracta? De seguro, lo que corresponde es el manejo de la *razón histórica*; es decir, *para identificar lo racional deben considerarse las condiciones concretas del momento histórico y lo que estas condiciones posibilitan o imposibilitan*. No hay aquí, subrayemos, ningún salto al vacío de la sin-razón. Muy al contrario, se trata de aplicar un criterio racional más riguroso y que se refiere también a los fines, a lo que las condiciones históricas posibilitan o imposibilitan.³⁸ Esta condición apunta al momento o período histórico en curso y no a la coyuntura más cotidiana. Por ejemplo, si nos situamos en Chile, dictadura de Pinochet, primer semestre de 1975, plantear el derrocamiento inmediato del dictador, era una propuesta no factible. Pero sí lo era si se manejaba, vg., un horizonte de una década o más. Otro ejemplo: plantear hoy, en un país como vg. México, la consigna comunista “de cada cual según sus capacidades y a cada quien de acuerdo a sus necesidades”, resulta utópico: la fuerza de trabajo está muy alejada de esa disposición espiritual y, por el lado de la oferta, es algo literalmente imposible por los bajos niveles de productividad del país. En la Roma de Espartaco, la situación era todavía peor. Luego, si nos fijamos en la Inglaterra de Hume, Smith y Ricardo, también deberíamos constatar que

³⁶ De hecho, algunos neoclásicos rebeldes (o heterodoxos), como el sueco Wicksell, deducen que un cambio en la distribución del ingreso, a favor de los más pobres, elevaría el bienestar global. Esto, a partir de la noción de utilidad marginal decreciente con que opera el consumo de las personas. Ni qué decir que la clase empresarial siempre ha rechazado este tipo de deducciones.

³⁷ Ver José Valenzuela Feijóo, “Mercado, socialismo y libertad”, en especial caps. 6 al 10. LOM edic. , Santiago de Chile, 2003.

³⁸ “La virtud no puede cuánto quiere”; Dante, “La Divina Comedia”. Edic. Cátedra-REI, México, 1992

no estaban dadas las condiciones económicas y culturales, para el funcionamiento eficiente de un régimen planificado. Y bien podemos decir que se estaba a años luz de la pura *posibilidad* de dicho evento. En tales condiciones, tal propuesta era literalmente una utopía. Un algo imposible. Pero hoy, en EEUU sí existe esa posibilidad. Esto, pensando en: i) un largo arco histórico; ii) el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en términos de productividad del trabajo y socialización de las fuerzas productivas, sí permite esa solución. Claro está, las condiciones políticas para nada están maduras, pero la economía no las prohíbe, mas bien al revés. Esto, nos permite precisar el criterio de racionalidad histórica a manejar: a) la propuesta debe exigir condiciones que la economía si puede satisfacer; b) luego, dadas las líneas de causalidad existentes entre la esfera económica y la política, tenemos que dado (a), se puede lícitamente pensar en que el sistema político se puede adecuar al económico (jugando éste, como variable independiente); c) el nuevo régimen a impulsar debe ser capaz de dinamizar las fuerzas productivas (i.e. lograr mayores niveles de productividad) y, a la vez, mejorar las condiciones de la vida humana, en términos de salud material, moral y espiritual.

Lo indicado no debe interpretarse como una justificación del reformismo político, el que entiende como posible lo que la clase dominante –la burguesía- le permite a la clase obrera. Es decir, a la clase capitalista se le asigna un derecho de veto. En este caso, se suele aplicar un criterio que parte de evaluar la correlación político-militar de fuerzas (la cual, además, se pasa a considerar un dato o parámetro del problema, como algo no modificable) y de acuerdo a ella, se determina lo que es posible y lo que no. En otras palabras, se parte aceptando el criterio de la clase dominante y/o se maneja un horizonte temporal en que una sociedad post-capitalista no tiene lugar.

VII.- Conflictos y evolución de la conciencia burguesa.

La conciencia de la clase obrera se va desarrollando conforme su lucha clasista se extiende y profundiza. Dándose aquí un proceso de reforzamiento mutuo, de la conciencia a la lucha y de ésta a la conciencia. ¿Qué sucede con la conciencia de clase de la burguesía? ¿Podemos hablar de un proceso parecido al de la conciencia obrera? ¿O se sigue una ruta muy diferente? Para bien contestar, pensamos que es útil distinguir dos situaciones y/o períodos. Primero, la situación en que la burguesía no tiene el control del Estado. O sea, no funciona, todavía, como clase dominante. La segunda situación es la que tiene lugar cuando el capital ya se ha apoderado del Estado y se ha consolidado como clase dominante.

En la primera fase, previa a la toma del poder, el capitalista enfrenta una situación característica. Por un lado, su actividad económica se regula conforme a la lógica del capital, la que en términos muy genéricos, es la que se sintetiza en la fórmula del $D - M - D'$ que propone Marx. En que se necesita no sólo que D' sea mayor que D , sino que el cociente (D'/D) sea el más alto alcanzable. En suma, se trata de obtener la mayor masa de ganancias posibles y, a la vez, la mayor tasa de rentabilidad sobre el capital invertido: obviamente, una cosa implicando la otra. Esta es la lógica objetiva del capital –un valor que se valoriza, que engendra un plusvalor- y si el empresario capitalista va a cumplir bien su papel, si va a sentirse cómodo y motivado, debe *internalizar* esa lógica. Es decir, sus motivaciones, actitudes, creencias y valores, tienen que ser congruentes y funcionales con lo que exige el proceso de valorización del capital. Según apuntaba Marx, “como agente consciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. El punto de partida y de retorno del dinero se halla en su persona o por mejor decir en su bolsillo. El

contenido objetivo de este proceso de circulación –la valorización del valor- es su *fin subjetivo*, y sólo actúa como *capitalista*, como capital personificado, dotado de conciencia y de voluntad, en la medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de riqueza abstracta.”³⁹ Esta es la exigencia y, al cabo, el capital moldea y selecciona el tipo de personalidad que necesita.

Las exigencias objetivas y subjetivas del capital, suelen entrar en conflicto con las estructuras y valores del antiguo régimen. Si retomamos el ciclo del capital y lo examinamos con mayor detalle podemos identificar algunas de esas contradicciones. Empecemos con el monto del capital inicial, D. Este debe ser el mayor posible. Por lo mismo, debería crecer al máximo ritmo. Lo cual, para un ingreso capitalista dado, exige que de ese ingreso, la mayor parte se acumule. O, lo que es equivalente, que el capitalista consuma muy poco y ahorre mucho. Esta es la exigencia *objetiva*, la que requiere de un empresario que venere y practique la frugalidad. Incluso, en el mejor espíritu calvinista, que santifique el ahorro y la acumulación. Todas ellas, virtudes que chocan frontalmente con los valores de la aristocracia terrateniente, que giran en torno a la prodigalidad, la magnificencia y el despilfarro. De hecho, estos sectores observan con gran desprecio el modo de ser de esos capitalistas frugales y puritanos. Les llegan a parecer un auténtico atentado a la naturaleza humana.⁴⁰

Avancemos a otra fase y estadio en el ciclo del capital productivo. Se trata de considerar la transformación del D inicial en elementos del capital productivo: fuerza de trabajo (en cuya compra se gasta el capital variable) y medios de producción (se compran gastando capital constante). En cuanto al primer rubro, que es el decisivo en los inicios del capitalismo cuando se usaban tecnologías intensivas en mano de obra, el capital necesita de una abundante oferta de fuerza de trabajo. Pero si el grueso de la población está atada a actividades agrícolas donde imperan relaciones serviles (o, en todo caso, pre-capitalistas), la oferta será menguada. Además, dada la baja productividad agrícola, los alimentos serán caros, el valor de la fuerza de trabajo alta y la tasa de plusvalía baja. En suma, consecuencias dañinas para el capital. Para el caso de las materias primas de origen agropecuario (que son claves en industrias como la textil y la de alimentos) se configura una situación análoga a lo que sucede con la fuerza de trabajo.

La combinación de recursos o tecnología, también presenta problemas. El capital necesita, como condición de vida, elevar la productividad y, para ello, debe indagar e impulsar el desarrollo de la ciencia y de nuevas tecnologías. Pero esto, exige una visión laica y racional de los procesos naturales, romper con las supersticiones y la actitud de sumisión y fatalismo que impone la religión. Comentando el impacto de la revolución inglesa de Cromwell, Hill comenta que “la tecnología se benefició enormemente de la liberación de la ciencia y del gran estímulo que suponía la libertad de pensamiento y de experimentación que la revolución trajo consigo. Las revoluciones en la industria y la técnica agrarias que cambiaron por completo el aspecto de Inglaterra en el siglo XVIII, no habrían visto la luz de no ser por la revolución política del siglo XVII. La libertad de pensamiento que se produjo en Inglaterra en las últimas décadas del siglo XVII y durante el siglo XVIII tuvieron gran influencia en las ideas de la revolución francesa de 1789.”⁴¹

³⁹ C. Marx, “El Capital”, Tomo I, pág. 109. Edición FCE, citada.

⁴⁰ Ver B. Groethuysen, “La formación de la conciencia burguesa en el siglo XVIII; FCE, Madrid, 1981.

⁴¹ C. Hill, “La revolución inglesa, 1640”, págs. 97-8. Edit. Anagrama, Barcelona, 1977.

Si nos situamos en la fase M' – D', la de realización del producto-mercancías, encontramos ejemplos adicionales. Casi todos, tienen que ver con el tamaño de los mercados de ventas. Podemos mencionar tres circunstancias: i) los feudos acostumbraban cobrar peajes y otras gabelas por el uso de puentes, caminos y hasta por el simple paso de una región a otra. Con lo cual, aparte de elevar el costo de los transportes, se provocaba una fuerte fragmentación de los mercados; ii) el bajo grado de mercantilización de las haciendas señoriales, también recorta el tamaño de los mercados de venta; iii) asociado a lo interior, está el bajo nivel de ingresos del sector campesino y su consiguiente bajo poder de compra de productos industriales. Los ejemplos se podrían alargar pero creemos que los presentados son suficientes. El punto a subrayar sería: la lógica objetiva del capital se ve obstaculizada y *choca* con los rasgos que tipifican a las estructuras tradicionales, en lo económico y en lo político. Esto es lo primero y más decisivo: *la contradicción objetiva* que tiene lugar entre lo feudal y la posible expansión del capitalismo.

Esta realidad objetiva debería incidir en la percepción y conciencia con que operan los capitalistas. Pero no hay aquí un impacto automático. Sí, dificultades que no son menores. Primero: la ideología dominante es la tradicional (feudal) y no la burguesa, todavía muy embrionaria y no bien constituida. Segundo: lo que el capitalista ha bebido en la cuna y sus primeros años –de niño y adolescente- son los valores y mores funcionales a la clase dominante. Peor aún, sus preceptores casi siempre son curas y sacerdotes. Según Hill, “la Iglesia medieval (...) guiaba todos los movimientos del hombre desde la cuna a la tumba y era la puerta de entrada a aquella vida futura en la que los hombres creían fervientemente (...) controlaba los sentimientos de los hombres, enseñándoles lo que debían creer, y al tiempo, facilitaba distracciones y espectáculos (...); los hombres prestaban gran atención a los sermones y (...) con frecuencia, el gobierno precisaba a los predicadores lo que debían predicar.”⁴²

Tal situación, le otorga un carácter sacro a muchas instituciones y valores feudales. Por ejemplo, la noción de que reyes y monarcas lo son por derecho divino. La tremenda fuerza que asumía esta creencia lo comprueba la misma Revolución Francesa. Las vacilaciones y hasta temores que en las filas revolucionarias provocó la muy justa orden de guillotinar al rey, es un claro ejemplo de la fuerza de tales prejuicios. Robespierre lo señalaba con su proverbial agudeza: “tan grande es el imperio espontáneo de la costumbre que consideramos las convenciones más arbitrarias, incluso las instituciones más defectuosas, como la regla absoluta de lo verdadero y lo falso, de lo justo y lo injusto. No consideramos siquiera que la mayoría, se atiene, necesariamente, a los prejuicios con que el mismo despotismo nos ha alimentado. Nos hemos doblegado por tan largo tiempo a su yugo que nos resulta muy difícil subir hasta los principios eternos de la razón; y todo lo que se remonta a la sagrada fuente de todas las leyes parece asumir, a nuestros ojos, un carácter ilegal y que el mismo orden de la naturaleza nos parece un desorden.”⁴³

Tenemos, en consecuencia, un período inicial nada corto ni lineal en que luchan lo que exige el interés del capital y lo que se desprende del corpus de la ideología dominante. En este proceso, la cultura feudal se empieza a deteriorar y pierde su antigua solidez: ya no es el todo relativamente compacto que vg. construyera Tomás de Aquino. A la par, emergen y se desarrollan los elementos de lo nuevo. Y como suele suceder, muchas veces

⁴² C. Hill, “La revolución inglesa...”; pág. 18. Edición citada.

⁴³ M. Robespierre, Textes Choisis, T. II, pág.73. Editions Sociales, Paris, 1973. Se trata del discurso del 3/12/1792, conocido como “El proceso del Rey”.

lo nuevo se enfunda y disfraza con las ropas antiguas. Es lo que nos muestra el Renacimiento primero (más ligado al auge del mercado y al dinero que al capitalismo per se) y, sobremanera, las rupturas que sufre el monolitismo religioso por la vía de los Lutero, Melancton, Calvino y demás. En realidad, ni siquiera algunos de los más radicales ideólogos y políticos de la nueva era, como Spinoza, Voltaire, Cromwell, Robespierre y similares, se atrevieron a plantear una postura atea explícita, como, por ejemplo, la que plantea D'Holbach.⁴⁴ Pero si bien pensamos, en esas incongruencias hay algo más que una concesión a la ideología tradicional. También, al poco andar, la burguesía descubre las virtudes de la religión como factor de domesticación y apaciguamiento de la clase explotada. Es decir, el “efecto opio”. Como apuntara Maurois, ya desde Napoleón los políticos recogen la postura de Voltaire: “¿Cómo mantener en orden un Estado sin religión? La sociedad no puede existir sin la desigualdad de la riqueza, y ésta es imposible sin la religión (...). Es necesario que haya pobres y ricos en este mundo, aunque más tarde, en la eternidad, el reparto se haga de otra manera.”⁴⁵

La burguesía, en primera instancia, es laica. Y la existencia de Dios, le resulta una hipótesis innecesaria y hasta molesta. Rechaza a los curas y al Vaticano. Pero rara vez es consecuente en su postura y termina por convivir con la religión. Claro está, primero la modifica sustancialmente (vía el luteranismo) haciéndola relativamente congruente con sus necesidades económicas (ahorro, acumulación, etc.) y luego, la enarbola como mecanismo de enajenación-subordinación de las masas trabajadoras. Al final de cuentas, el rasgo de la explotación inherente al capital, se sobrepone al rasgo racional.

Cundo la burguesía llega al poder, pasa a controlar el Estado y los “aparatos ideológicos de Estado” (escuelas, prensa y medios, teatro y después el cine, etc.), la situación cambia bastante. Como regla, tal suceso tiene lugar por una vía revolucionaria (el caso francés es quizá el más paradigmático), lo que nos muestra la profundidad y dureza que alcanzó la lucha política y, por ende, la alta conciencia de clase que se maneja. ¿Qué nos indica esta situación? Que la clase capitalista inicia su condición de clase en el poder, de clase controladora del Estado, ya contando con una *conciencia política altamente desarrollada*.

Con el control de los aparatos estatales esa conciencia de clase se profundiza, se torna más sistemática y pasa a cubrir más espacios. Asimismo, tiende a desligarse de los componentes más tradicionales y heredados del pasado, aquéllos con que inicialmente recubrió su visión del mundo. A la vez, ese control de la educación y de los medios, refuerza poderosamente la capacidad hegemónica de la clase. En este plano, el avance de la educación pública y laica, junto al relativo arrinconamiento de la educación clerical, constituyó un eslabón central. Napoleón Bonaparte, que se preocupó bastante de la organización de un nuevo sistema educacional, estimuló el desarrollo del personal científico (matemáticos y físicos, en especial), los politécnicos y, en general, la educación no libresca. Además, junto a las funciones técnicas (i.e. las calificaciones que exige el proceso de producción per-se) del aparato escolar, tenía bastante claro lo que son sus funciones ideológicas: i) “no quiero que los sacerdotes tengan que ver con la educación

⁴⁴ El mismo Robespierre, reproduciendo algunas posturas del peor Rousseau, ataca a los enciclopedistas y ateos. Señala que el ateísmo es una postura de aristócratas (¿?) y que “si Dios no existiera, habría que crearlo”. Según Jean Poperen, Introduction, en M. Robespierre, “Textes Choisis”, T. III, Editions Sociales, Paris, 1974.

⁴⁵ Según André Maurois, “Napoleón”, pág. 86. Salvat, Barcelona, 1984.

pública”⁴⁶; ii) hay que lograr, “ante todo, la unidad, y que toda una generación pueda formarse en un mismo molde”;⁴⁷ iii) “mi meta principal, al establecer un cuerpo docente, es tener un medio de dirigir la opinión política y moral; esta institución será una garantía contra el restablecimiento de los religiosos, ya no me volverán a hablar de ellos.”⁴⁸

La mutación más importante tiene que ver con el carácter de la lucha política de clases. Ahora, la burguesía actúa como clase dominante (en lo económico, político y cultural) y muy pronto su contrincante fundamental será la clase de trabajadores asalariados. O sea, su clase antípoda. Algo que emerge a plena luz con la Comuna de París. Consecutivamente, se transforma el papel histórico de la burguesía: de ser una clase revolucionaria que se levanta e insubordina contra el statu-quo y el orden viejo, deviene una clase que se beneficia del orden vigente y, en consecuencia, concentra toda su fuerza política en su preservación. Lo cual, también deja su marca en la ideología que enarbola la clase dominante, la que tiende a perder su filo crítico y a fortalecer su componente conservadora y apologética. Muy tempranamente, la trayectoria política de Napoleón Bonaparte prefigura con sorprendente cercanía esa evolución. El gran corso lee con tenacidad y cuidado a los ilustrados franceses, en especial a Rousseau⁴⁹; para luego, ya en el poder, despreciarlos como “ideólogos vulgares.” De joven se acerca mucho a los jacobinos (se hace miembro del club jacobino de Valence), para luego atacarlos y reprimirlos con especial saña. En cuanto a la nobleza, los combate por ser los grandes enemigos de la libertad y la revolución: “en Europa existen muy pocos reyes que no tengan méritos para ser destronados”, escribe en 1788.⁵⁰ Luego, no vacila en ponerse la corona de emperador, designar a sus hermanos como reyes o príncipes, etc. Ya en su periodo de cónsul, reprime a los obreros, cierra periódicos y reniega de la libertad de expresión y de prensa. En Alemania se prohíbe representar “Los bandidos”, el drama de Schiller⁵¹ y según comenta Ludwig, “los viejos republicanos, si es que aún existen, deben acordarse, no sin amargura, de que este drama valió, precisamente a su autor, hace unos veinte años, el derecho de ciudadanía de Francia.”⁵² Para defender a Francia de la agresión feudal de prácticamente toda Europa, organiza al ejército francés y despliega una actividad militar deslumbrante, rompe con el viejo orden y es aclamado por los pueblos europeos que se sienten liberados del yugo feudal. Para muy pronto, pasar de ser un ejército de liberación, a un ejército imperial de ocupación, casarse con la emperatriz austriaca, etc.

La evolución de la clase capitalista, de sus propósitos y de su conciencia, nos muestran un arco histórico bastante sugestivo y que se asemeja al arco de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte. Para la clase, en términos históricos, tal secuencia puede ser y de seguro será literal. No obstante, la aspiración a la eternidad del sistema y de la

⁴⁶ N. Bonaparte, según P. Ravignat, “Lo que verdaderamente dijo Napoleón”, pág. 140. Edit. Aguilar, Madrid, 1970. Este libro trae una muy útil antología de textos y conversaciones del gran corso.

⁴⁷ Ibidem, pág. 148.

⁴⁸ Ibidem, pág. 140.

⁴⁹ “¡Oh Rousseau, por el bien de la virtud tendrías que haber sido inmortal!” escribía en un texto de 1792. Citamos de Albert Manfred, “Napoleón Bonaparte”, pág. 58. AKAL, Madrid, 1988.

⁵⁰ En Manfred, obra citada, pág. 37.

⁵¹ En esta célebre obra, el protagonista reclama: “¡Qué maldita desigualdad hay en el mundo! Hay avaros podridos de oro; y la pobreza corta a la juventud de sus más atrevidas empresas”. Otro personaje reclama por “hombres protectores del pobre y del oprimido, cuyo sólo nombre haga palidecer al tirano,” Al final el protagonista les exige a sus bandidos: “Id a ofrecer al Estado los dones que poseéis. ¡Servid a un rey que pelee por los derechos de la humanidad!” Cf. F. Schiller, “Los bandidos”, Edit. GLEM, Buenos Aires, 1943.

⁵² Emil Ludwig, “Napoleón”, pág. 271. Diana, México, 1969.

clase siempre estará presente, pero todo eso no puede ir más allá de un buen y piadoso deseo. Como que –de cumplirse- implicaría nada menos que paralizar la historia. Algo equivalente a congelar el movimiento de los cuerpos celestes.

La ideología burguesa sigue la trayectoria de la clase, pero no se trata de un puro calco. Encontramos senderos que son paralelos y obviamente congruentes. En este sentido, en la fase histórica de ascenso de la burguesía, cuando juega un claro papel de acelerador del cambio histórico, la ideología y conciencia que va tejiendo la burguesía, también asume una connotación muy progresiva. Los altos valores que se le asignan a la libertad, a la autonomía del individuo, a la razón y a la ciencia como su suprema expresión, son algunos de los principios que se enarbolan con mayor fuerza. Si estos los comparamos con los principios del feudalismo clerical previo, es fácil percibir el tamaño del progreso. Como apuntara Troeltsch, la feudal fue una “*cultura autoritaria* en grado máximo”. Entretanto, la que impulsa la burguesía lucha contra esa cultura y busca sustituirla por otra “autónomamente engendrada” y cuya validez depende de su coherencia lógica y de las pruebas empíricas que se deben aplicar. Las religiones pudieran subsistir pero radicalmente transformadas, dice Troeltsch. Agregando que “sólo el catolicismo riguroso se mantiene apegado a la vieja idea de autoridad y queda agitando en el mundo moderno como un enorme cuerpo extraño.”⁵³

Posteriormente, cuando el sistema se consolida, se desarrolla y sobremanera cuando entra a su fase de vejez y hasta de senilidad, el tono progresista se va debilitando e inclusive empieza a mostrar rasgos retardatarios muy opuestos a los principios primigenios. Consideremos, como ilustración, el importante fenómeno de la guerra. Richard Nixon, que nunca fue una blanca paloma y se le conocía como un político tramposo y, a veces, como descarnadamente franco, señalaba que “considerando la realidad de la naturaleza humana, una paz perfecta sólo se consigue en dos lugares: en la tumba y ante una máquina de escribir.”⁵⁴ Si nos vamos hacia atrás, cuando la burguesía asumía una postura radical, el tono es muy diferente. Saint-Just, por ejemplo, distinguía entre el orden social y el político. Este último, supone relaciones de dominación-subordinación y las guerras brotan de conflictos entre los grupos dominantes. El orden social es previo y “responde al orden natural de las cosas”. Para Saint-Just, “el hombre nace para la paz y para la libertad” y si deviene “desdichado y corrupto”, se debe a la “insidiosas leyes de la dominación.”⁵⁵ En corto, si hay guerras es porque hay sistemas sociales que las provocan. Luego, se pueden suprimir si se transforman a esos sistemas. Tal era el criterio de la burguesía en ascenso. Por el contrario, para la actual burguesía, como señala Nixon, el problema radica en la misma naturaleza humana. Luego, si usted desea suprimir las guerras, debería –en estricta lógica- suprimir al mismo ser humano. Al final de cuentas, en una fase de capitalismo imperial que opera como un agresivo gendarme mundial, achacarle las guerras a una sedicente naturaleza humana resulta una justificación burda y cínica.

Como sea, en términos gruesos podemos suponer que algo de la ideología burguesa –su parte más racional y progresiva- no necesariamente muere junto a la clase que le dio vida. Esos componentes tienen un valor que va más allá de la clase que la originó e

⁵³ E. Troeltsch, “El protestantismo y el mundo moderno”, pág. 17. FCE, México, 1970. De seguro, una de las grandes calamidades históricas de América Latina radica en la cultura clerical-feudal que heredó de la conquista española.

⁵⁴ R. Nixon, “La verdadera paz. Una estrategia para Occidente”, pág. 17. Edit. Planeta, México, 1984.

⁵⁵ Saint-Just, “On ne peut pas régner innocemment”, pág. 9. Edit. Mille et une nuits, Paris, 1996.

impulsó. Por lo mismo, podemos suponer que, con los ajustes necesarios, deberían ser asimilados y profundizados por la subsiguiente clase en el poder. Tal es, por ejemplo, el caso de la libertad. Valga detenerse mínimamente en este punto.

En la conciencia burguesa, la libertad respecto al entorno natural es quizá el aspecto más decisivo. También, de seguro el más perdurable. Se trata del desarrollo de las ciencias físico-matemáticas y químicas, y del impacto que provocan en los procesos de la producción material. Por supuesto, dada la organización capitalista de tales procesos, la búsqueda de ganancias se traduce en búsqueda de nuevas y mejores tecnologías. Y éstas, terminan por nutrirse y por impulsar los desarrollos de la ciencia.⁵⁶ Generándose un proceso de ida y vuelta: de la producción a la ciencia y vice-versa. En este contexto, nos interesa subrayar dos aspectos.

El primero tiene que ver con la sujeción de la actividad humana (“actividad orientada a un fin”), a las leyes materiales. Examinando el punto, Marx recuerda un juicio de Hegel: “la razón es tan astuta como poderosa. La astucia consiste en esa actividad mediadora que, haciendo que los objetos actúen los unos sobre los otros y se desgasten mutuamente como cumple a su carácter, sin mezclarse directamente en ese proceso, no hace más que conseguir su propio fin”.⁵⁷ Dicho con otras palabras: el hombre busca un producto (algo útil) y, para obtenerlo, utiliza medios de producción (que son objetos de trabajo o medios de trabajo) practicando con ellos determinadas operaciones concretas. Estas operaciones son eficaces si se conoce la naturaleza y propiedades de los objetos (materias primas, bienes intermedios) y medios de trabajo (máquinas, herramientas, etc.). En breve, sin saber no hay resultados. O bien: los resultados que persigue el ser humano no se deducen ni obtienen a partir de un inexistente “libre albedrío” sino del *respeto y sujeción* de la actividad humana a las *leyes objetivas* que regulan los procesos naturales.⁵⁸ En veces, a estas leyes materiales objetivas se las designa con el vocablo *necesidad* y, por lo mismo, se señala que el hombre alcanza y extiende su libertad, sólo en la medida que se pliega o subordina a esa necesidad. Por ello, se sostiene que “conocimiento de y sujeción a = libertad”. D’Holbach, que junto con Diderot fuera el ilustrado más riguroso, lo planteaba así: “es por no estudiar la naturaleza y sus leyes, ni intentar descubrir sus recursos y sus propiedades por lo que el hombre queda estancado en la ignorancia (...); por haber desconocido la naturaleza y sus caminos, por haber desdeñado la experiencia y despreciado la razón, por haber deseado lo maravilloso y lo sobrenatural; en fin, por haberse atemorizado, el ser humano ha permanecido en una prolongada infancia de la que le cuesta salir.”⁵⁹

El segundo aspecto, tiene que ver con una resultante del proceso recién mencionado. Se trata de la productividad del trabajo y de su elevación. ¿En qué radica la significación de

⁵⁶ “El hecho de que la sociedad sienta una necesidad técnica, estimula más a la ciencia que diez universidades.” Cf. F. Engels, carta a A. W. Borgius, 25/01/1894; en Marx-Engels, O. E., Tomo 3, pág. 530. Edit. Progreso, Moscú, 1974.

⁵⁷ Citado por Marx, El Capital, Tomo I, pág. 131, pie de página. FCE, México, 1973. El texto de Hegel es de la Enciclopedia.

⁵⁸ “Cuando se oye decir que la libertad en general consiste en que se pueda hacer lo que se quiera, tal representación sólo puede ser tomada por total carencia de formación del pensamiento, en el cual todavía no se encuentra ninguna idea de lo que sea la voluntad libre en sí y para sí.” G. F. Hegel, “Fundamentos de la filosofía del derecho”, pág. 126. Edic. Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1993. También señala que “el espíritu que se sabe libre (...) es, primeramente y en general, el *querer racional*” (cursivas nuestras). Cf “Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas”, pág. 253. Porrúa, México, 1977.

⁵⁹ Baron D’Holbach, “Sistema de la naturaleza”, pág. 122; Edit. Nacional, Madrid, 1982.

este fenómeno? Significa que el hombre está adquiriendo un poder cada vez mayor sobre los procesos naturales y que al mejor conocerlos aprende a regularlos en beneficio propio. La electricidad por ejemplo, está allí, como un proceso natural objetivo. Y es el hombre, por la vía del conocimiento de tales fenómenos, el que aprende a regularla en beneficio propio. Como factor de luz, de comunicación, como fuerza propulsora (vg. motores eléctricos), etc. Como bien se ha dicho, por esta ruta el hombre se acerca a una posición en que será dueño y señor soberano del mundo que lo rodea. Por lo menos, del mundo natural.

VIII.- Prohibiciones y censuras.

En la configuración de la conciencia burguesa operan algunos criterios restrictivos que deben ser subrayados. Se trata, para adelantar la idea, de una especie de veto o filtro que ejerce la conciencia burguesa sobre los avances del conocimiento que va logrando su misma civilización. Si consideramos la propensión laica, racionalista y a favor de la ciencia que inicialmente esgrime la burguesía, podemos empezar por un supuesto bastante extremo: esta clase está abierta a incorporar en su cosmovisión todas las adquisiciones de la ciencia establecida. O bien, si manejamos un criterio más laxo, podemos agregar los planteos racionales y laicos en que todavía no se ha incorporado la prueba empírica. La idea, es un poco o mucho lo que encontramos en la famosa Enciclopedia de D'Alembert, Diderot et al. Demás está decir que el supuesto de marras es irreal. Si lo usamos es como un simple recurso de exposición. Por lo mismo, lo empezamos a corregir.

El primer punto es el veto que se aplica a los propios logros que la burguesía alcanza en materias de conocimiento. Esto se aplica en ciertas temáticas nodales de la economía y de la política y emerge con fuerza luego de la consolidación de la burguesía como clase dominante. Es decir, desde la mitad del siglo XIX en adelante (en los países del primer mundo). El punto ya fue mencionado y lo ejemplificamos con el caso de la economía política clásica, la que en manos de Marx asumió un tono muy peligroso para el sistema. En éste y en otros casos análogos, la burguesía retrocede y procede a recomponer el cuadro. Es decir sustituye la ciencia por la ideología.⁶⁰

El segundo, que a veces se confunde con el primero, tiene que ver con la existencia de diversas fracciones del capital. Cuando una u otra fracción pasa a dirigir el bloque de poder, impone su visión a las demás. Por ejemplo, se presenta como *bueno para todas las fracciones* la liberalización de los flujos comerciales externos. Pero se sabe que, como regla, este aperturismo daña brutalmente el interés –a veces la misma supervivencia- de los capitales que trabajan para el mercado interno y que no están en condiciones de resistir la competencia externa.

Una tercera consideración se refiere a aquellos espacios no cubiertos por la ciencia de la época y/o por teorías que, sin prohibirlo, todavía no arriban al test experimental. Estos “espacios vacíos” pasan a ser ocupados, en alto grado, por aquellas partes de la conciencia social previa y que aún poseen cierta fuerza. Aunque aquí no hay una simple incorporación sino una *asimilación*. O sea, esas nociones y creencias se modifican en términos que sean congruentes y funcionales con el interés de la nueva clase. Por ejemplo, se rechaza que el cobro de intereses (como diferente de la usura) sea algo a prohibir. En un plano más general, aunque algunos ideólogos asuman una postura agnóstica (incluso atea), lo que

⁶⁰ En este contexto, entendemos por “ideología” una visión distorsionada de la realidad; distorsión que responde a intereses políticos.

predomina es la aceptación de la religión cristiana.⁶¹ Aunque no la católica, sujeta al Vaticano y a los terratenientes feudales. Proceden a un ajuste radical y generan una versión religiosa nueva, la protestante (Lutero et al), que sí resulta muy funcional a la nueva clase y sus afanes de acumulación: “el ascetismo laico del protestantismo obraba contra el placer despreocupado de la abundancia (...) y ahorcaba el consumo, principalmente de artículos lujosos; por otra parte, psicológicamente aniquilaba, sin embargo, todas las sujeciones que la ética tradicional ofrecía al deseo de riqueza, destruía todos los eslabones del anhelo de lucro pues (...) lo tenía conceptualizado como mandato de Dios.”⁶² En parecido sentido apunta el gran historiador inglés C. Hill: “el modo de vida urbano, pragmático, utilitario e individualista, en el que las cosas importaban más que las palabras y la experiencia tenía más peso que la autoridad, estaba en armonía con las nuevas tendencias en el pensamiento protestante y científico.”⁶³

IX.-Deformaciones, doble estándar y justificaciones.

La conciencia de clase de la burguesía no es algo simple. Existiendo algunos rasgos compartidos hay elementos que cambian de acuerdo a la fracción clasista que se pueda considerar. O sea, hay diversidad y unidad. También nos encontramos con un fenómeno dinámico, que se va modificando a lo largo del tiempo: hay contenidos que desaparecen y otros que son novedosos. Además, los rasgos que se conservan suelen asumir formas de expresión o “ropajes” que también se alteran. Tales cambios responden a veces al cambio de las circunstancias objetivas del entorno. En otras, simplemente al reacomodo de los intereses históricos de la clase dominante.

En dicha conciencia se combinan componentes relativamente verdaderos con otros más o menos falsos, y pareciera que los pesos relativos de uno y otro se han venido modificando. En su fase de inicio histórico (siglos 18-19), la ideología burguesa opera con una componente de verdad relativamente alta y una visión muy crítica (anti-feudal) de las realidades sociales tradicionales vigentes en la época. Luego, al consolidarse como clase dominante se transforma en defensora del statu-quo y asume una posición política conservadora: es lo que sucede durante buena parte del siglo XX y se profundiza aún más en los inicios del nuevo siglo. Correlativamente, el componente ideológico (distorsionado) de la conciencia burguesa tiende a crecer más y más. Llegando, con el caso de la ideología neoliberal, a extremos más o menos delirantes.

Lo señalado vale para aquella parte de la conciencia social que se refiere a los procesos sociales. En la parte que contiene la visión que se maneja de los procesos naturales –valga repetirlo- la situación es muy diferente y funciona con un alto contenido de

⁶¹ Los grandes pensadores ilustrados eran muy poco proclives a la religión. El caso de Voltaire, que calificaba de “gran infame” a la iglesia, es muy conocido. De Hume se dijo que “demostró albergar una incurable antipatía hacia la religión y (...) empleó todas sus fuerzas en suprimir y extirpar el espíritu religioso.” Adam Smith, que fuera gran amigo de Hume, en una carta mortuoria cuenta que en sus últimos días, su buen amigo le pedía a Caronte, “un poco de paciencia, (...) si me concedes unos años acaso tenga la satisfacción de presenciar el derrumbamiento de algunos de los sistemas de superstición que hoy todavía prevalecen”. Estos textos de Adam Smith y de G. Horne, aparecen en David Hume, “Mi vida”, Alianza editorial, Madrid, 1985.

⁶² Cf. Max Weber, “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, pág. 107. Edic. Coyoacán, México, 1994.

⁶³ Christopher Hill, “Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa”, pág. 21. Edit. Crítica, Barcelona, 1980.

verdad. En parte, como ya se señaló, esto refleja el gran avance de las ciencias naturales y el alto peso que han llegado a tener en el mundo contemporáneo. También, al hecho de que los procesos de producción y similares están cada vez más asociados con los avances de las ciencias físicas, químicas y biológicas. En otras palabras, los adelantos de la ciencia y la tecnología abren oportunidades de inversión altamente rentables. Por lo mismo el capital no los reprime (como lo hacía la Iglesia con los Galileo y demás) sino que los impulsa con gran tenacidad.⁶⁴

Si volvemos al aspecto de la conciencia social referida a los fenómenos sociales y aceptamos que en la actualidad maneja una visión muy distorsionada, surge de inmediato la interrogante sobre su funcionalidad. Si bien esas deformaciones pueden ser muy útiles para legitimar al régimen y sembrar falsa conciencia en los de abajo, ¿acaso no pueden confundir también a los de arriba? Vamos por partes.

1) *Todo va muy bien.*

Primero: el presentar una realidad edulcorada y una alta valoración ética de la conducta propia provoca un claro fortalecimiento de la convicción con que se actúa. Esto, suponiendo que se cree en el mensaje y que no hay un doble discurso, uno para afuera, para el consumo público –el edulcorado- y otro para adentro, para el círculo íntimo, el real.

2) *El doble estándar.*

Segundo: lo más probable, por no decir que seguro, es el funcionamiento de un doble discurso. Lo cual, dicho sea al pasar, introduce un factor de cinismo bastante fuerte y que desbarata casi por completo la eventual componente ético-moral de la actividad. Cuando se conocen los manejos y conversaciones de personeros como los ex-presidentes de EEUU Richard Nixon y George Bush hijo, se detectan niveles de cinismo, de mentiras, de corrupción y desparpajo moral que llegan a sorprender. Nada que ver con los antiguos patrones puritanos, aunque en los tiempos que corren resulten la norma.

En la parte del discurso que se aplica a los de afuera, el papel de los medios es vital. En muy agudo texto Adorno apuntaba que la “industria cultural” (o medios de comunicación masiva, incluyendo el cine), “en todos sus sectores fabrica de una manera más o menos planificada unos productos que están pensados para ser consumidos por las masas y que en buena medida determinan este consumo (...) la industria cultural es la integración intencionada de sus consumidores desde arriba (...) y especula con el estado de consciencia e inconsciencia de los millones a los que se dirige, las masas no son lo primario, sino algo secundario, incluido en el cálculo; un apéndice de la maquinaria. Al contrario de lo que la industria cultural intenta hacernos creer, el cliente no manda, no es su sujeto, sino su objeto.”⁶⁵ Nuestro autor agrega que “el efecto global de la industria cultural es el de una anti-Ilustración (...) en ella, la Ilustración (el dominio técnico progresivo de la naturaleza) se convierte en un engaño masivo, en el medio para maniatar a la consciencia. La industria cultural impide la formación de individuos autónomos, que juzguen y decidan conscientemente. Estos individuos serían el presupuesto de una sociedad democrática, que

⁶⁴ Con todo, no olvidemos que durante su presidencia, Ronald Reagan intentó suprimir el estudio de las teorías de Darwin sobre la evolución de las especies.

⁶⁵ T. Adorno, *Obra Completa*, Tomo 10, vol. 1: “Crítica de la Cultura y Sociedad-1”; pág. 295. Akal, Madrid, 2008.

sólo se puede mantener y desplegar con personas mayores de edad.”⁶⁶ El juicio es lapidario y muy justo, y si fue escrito hace ya medio siglo, hoy es aún más certero. Interesa también subrayar el vuelco histórico que señala Adorno: de las proclamas radicales y progresistas con que irrumpe en la historia la burguesía, se llega a prácticas sociales que resultan vitales para preservar su dominación. Son prácticas que esclavizan e idiotizan, que difunden un ethos irracional que se opone frontalmente al espíritu de los primeros tiempos.⁶⁷ Estamos, en consecuencia, en el mundo de la “*real-politik*”, donde lo que se pierde en congruencia moral se gana en términos de eficacia, por lo menos en plazos históricos relativamente cortos.

En las alturas del poder económico, político y militar, lo que Wright Mills denominara la “élite del poder”,⁶⁸ el control sobre los medios de comunicación masivos (televisión, radio, cine, prensa) resulta impresionante. Y por esta vía se bombardea a una población cada vez más alienada y dominada. De este modo, lo negro se transforma en blanco, lo criminal en defensa de la patria, lo dañino en benéfico y así sucesivamente. La operación es más gigantes y eficaz que la ejercida por la iglesia cristiana en contra de los campesinos en el viejo Medioevo. Además, tiene un alcance internacional cada vez más extendido o “globalizado”, sea por la vía de la expansión de las grandes cadenas mediáticas (Fox, CNN, etc.), de su asociación con las locales o la simple imitación en que incurren las nativas. Las cuales, valga agregar, suelen tener ejecutivos que hablan, piensan y se emocionan en inglés. Los ejemplos del doble-estándar son cotidianos. Podemos mencionar dos de especial importancia: uno, referido a los problemas político-militares. El otro, referido a la visión neoliberal de los procesos económicos.

La política internacional y militar que aplica el gobierno de Estados Unidos resulta muy ilustrativa. Se programan agresiones e invasiones militares a Irak, a Afganistán, a Libia, a países latinoamericanos, etc., se despliega una abrumadora propaganda previa en que se enarbolan juicios que se sabe (por el círculo del poder) son mentirosos, pero ayudan a justificar la agresión en el plano de la opinión pública interna y mundial. Nixon, por ejemplo, sostenía que la libertad de EEUU dependía de que existiera la libertad en el resto del mundo. Luego, en defensa de lo propio, se justificaba el ataque e invasión a otros países calificados como “dictatoriales” o pertenecientes (Busch dixit) al “eje del mal”. Por cierto, la agresión imperial suele ser muy beneficiosa a EEUU: le proporciona acceso privilegiado a materias primas, al petróleo, al control de nuevos mercados. Aquí los grandes beneficiarios son las grandes corporaciones, las que también lucran con el mayor gasto militar del Gobierno. En pos del negocio se justifican las mayores mentiras: “uno de los programas militares favoritos (...) de Reagan era el Star Wars (Guerra de las galaxias), en el que se gastaron miles de millones supuestamente para la creación de un escudo en el espacio que detuviera en el aire a los misiles nucleares enemigos. Después que fallaron tres pruebas tecnológicas, se puso en marcha una cuarta prueba, con financiación gubernamental: estaba en juego el programa. Hubo otro fallo, pero el secretario de Defensa

⁶⁶ Ibidem, pág. 302.

⁶⁷ En la literatura estadounidense se encuentran claros reflejos de este proceso. Se pasa, por ejemplo, de la exuberante vitalidad y fe en los valores democráticos que esgrimía un Walt Whitman al desencanto, escepticismo y hasta amargura que manejan un Dos Passos (en su trilogía sobre EEUU) y, más últimamente, poetas como Ginsburg o Bukowski. Como apuntara Walter Allen, “Dos Passos es un Whitman que ha perdido la inocencia”. Ver su lúcido “El sueño norteamericano a través de su literatura”, pág. 226. Pleamar, B. Aires, 1976.

⁶⁸ Cf. W. Mills, “La élite del poder”, FCE, México, 1989.

de Reagan – Caspar Weinberger- aprobó la falsificación de los resultados para mostrar que la prueba había sido un éxito.”⁶⁹

En el plano de la teoría económica encontramos otro ejemplo espectacular de esta “doble-cara”. Para la teoría económica neoclásica, que es la dominante en el medio académico, el núcleo del análisis debe residir en la microeconomía. O sea, en el estudio del agente económico individual. A partir del cual, por simple agregación o suma –se aplica el atomismo metodológico en que el todo es estrictamente igual a la suma de las partes- se sostiene que se llega a entender el comportamiento macroeconómico. En este marco, el corazón del sistema se localiza en la teoría del consumidor. Se supone que éste, operando con preferencias innatas que no se ven influenciadas por el comportamiento de otros consumidores, distribuye sus compras en términos tales que maximiza su bienestar. Al hacerlo, regula también la asignación de los recursos que efectúan las empresas: opera la llamada “soberanía del consumidor”. Es decir, se le otorga al consumo y a las preferencias subjetivas que éste revela en el mercado, el papel de variable reina. O sea, domina a los otros espacios de la economía: la producción, la distribución y el cambio o circulación.

El consumidor que se inventan los neoclásicos maneja una capacidad de información y de solución de problemas de optimización (máximos y mínimos condicionados) que resulta impresionante. Conoce el precio y la utilidad de miles de productos y de las casi infinitas combinaciones (o canastas de consumo) que pudieran efectuarse. Como si fuera poco, en las últimas versiones de la teoría se supone que este mítico sujeto opera con un horizonte de planeación infinito, conoce en él la conducta de todas las variables pertinentes (precios, salarios, tasas de interés, etc.) y, al cabo, toma decisiones de consumo que le permitan maximizar su bienestar o utilidad. Se dice que este consumidor es un *homo economicus* racional. Pero en verdad, las supuestas operaciones que realiza para decidir qué va a consumir y cuándo, supone una capacidad resolutoria que hasta las computadoras modernas encontrarían dificultades para hacerlo. Amén de la enormidad de información que exige el ejercicio. El consumidor real, el que vemos entrar a las grandes tiendas y mercados, es muy diferente al que supone la teoría: no es un ente irracional pero opera con una racionalidad acotada, con una información reducida y que compra a partir de observar lo que compra el vecino o “gente de bien” (“efecto demostración”); que a veces consume cosas dañinas (vg. cigarros, comida chatarra, medicinas milagrosas, etc.) y cuya capacidad para cálculos optimizadores es muy limitada.

La contraparte en la esfera de producción que imagina la teoría, no es menos fantasiosa. Se trata de empresas no muy grandes que operan en mercados competitivos (muy alejados de los mercados hoy vigentes, claramente oligopolizados), que maximizan su eficiencia y asignan los recursos que controlan en términos que aseguran: i) la plena utilización de los recursos disponibles, como vg. la fuerza de trabajo; ii) a cada factor le paga su contribución al esfuerzo productivo (el valor de su producto marginal); iii) combina los recursos con la mayor eficiencia posible y maximiza los resultados; iv) los bienes que se producen se corresponde plenamente, en calidad y cantidad, a las preferencias de los consumidores. Al final de cuentas, tenemos un sistema que asegura el máximo bienestar a la población del país. Agreguemos: si hay problemas como vg. un alto nivel de desempleo o por el lado de la eficiencia (daños a la salud, al medio ambiente, etc.), se achacan a factores exógenos, ajenos al sistema y que usualmente se conectan a la intervención estatal. La cual, se suele syndicar como fuente de todos los males.

⁶⁹ Howard Zinn, “La otra historia de Estados Unidos”, pág. 432. Siglo XXI edits., México, 1999.

Un sistema teórico como el mencionado ha sido bastante eficaz en el espacio ideológico. De hecho, podemos sostener que se ha constituido en el corazón mismo, o núcleo central, de la ideología dominante.⁷⁰ En el plano práctico, la situación es muy diferente. En lo microeconómico, las grandes corporaciones modernas, que se mueven en mercados monopólicos, se rigen por reglas y modelos muy ajenos al modelo que aparece en los textos académicos.⁷¹ En el plano macro, lo que vg. hoy vemos son tasas de desempleo del orden de un 10% (EEUU) o de un 25% (España), recesiones, caídas del PIB y desequilibrios muy agudos. Además, las prescripciones de política económica que se deducen de la teoría básica, como regla, profundizan aún más la recesión. Como bien lo decía Keynes, “sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales.”⁷²

3) *El fin es sagrado y justifica los medios.*

Tercero: la ruta de la doble moral no siempre conduce al despeñadero del cinismo absoluto. La conciencia de la clase se las arregla para encontrar una justificación. Para el caso, se aplica una versión corregida de la muy conocida máxima: “el fin justifica los medios”. Consistiendo la corrección en una *sacralización de los fines*: “preservar la libertad”, “salvar a la civilización cristiano-occidental”, “respetar la propiedad y la dignidad del ser humano”. En corto, se plantea que la preservación del sistema es una especie de mandato divino (Bush hijo decía que él estaba en las manos de Dios) ante el cual todos los medios y recursos se ven justificados. Podemos escuchar una y otra vez: “no nos gusta bombardear a ciudades indefensas, pero terroristas y comunistas que allí se esconden nos obligan a enviar nuestros aviones. Sí, hay daños colaterales pero son inevitables si buscamos defender al mundo libre.” O bien, en términos que hoy se escuchan a diario: “no es agradable bajar los salarios y elevar el desempleo. Pero el sano realismo económico obliga a tomar medidas muy duras. Con ello, se evitan costos aún mayores y se asegura el bienestar de las futuras generaciones.” Los ejemplos se pueden multiplicar, pero todos ellos responden a un patrón similar.

4) *El todo y las partes: los especialistas o tecnócratas.*

La clase dominante necesita saber y a la vez, dominar a los de abajo. Esto, en términos de legitimar su condición de clase dirigente. Ya hemos indicado que la dominación de los de arriba significa alienación de los de abajo. En consecuencia, la

⁷⁰ Al interior de la teoría neoclásica, muy probablemente su teoría del consumidor es la más apologética e irreal. No ayuda a entender las conductas del caso pero sí a la propaganda sobre las “bondades” del sistema. Curiosamente, los politólogos han copiado el método y al ciudadano elector le han pasado a adjudicar las delirantes capacidades de cálculo del consumidor neoclásico. Es lo que denominan elección racional (“social choice”), que sería la practicada vg. por los electores estadounidenses. De este modo, el elector decidiría su voto (¿votando por el tea-party? ¿En México, obreros y campesinos votando por el PAN?) en términos que permitirían maximizar su bienestar. Que los politólogos importen desde la teoría económica tales tonterías es lamentable y nos revela algunos complejos académicos insospechados. El inglés Ben Fine, comentando estas “importaciones” ha hablado de “imperialismo teórico”. Y por lo que se sabe, este imperialismo es tan depredador como el que describiera Lenin. Ver Ben Fine, “The World of Consumption”, Routledge, London & N. York, 2002.

⁷¹ Es sintomático que en los textos de organización industrial y de administración de empresas, se le suele dedicar un capítulo a resumir la perspectiva neoclásica. Para luego desentenderse de ella y transitar por rutas muy diferentes, Y que sí parecen bastante realistas.

⁷² J. M. Keynes, “Teoría General”, pág. 15. FCE, México, 1974.

ideología de la clase dominante se ve obligada a manejar un muy importante contenido de versiones ideologizadas (i.e., distorsionadas) sobre el orden social. A la vez, es también muy cierto que con pura ideología, no se pueden dirigir los asuntos económicos y políticos de un país. Se necesitan conocimientos objetivos y verdaderos, los que deben ser transmitidos (si ya están disponibles) o producidos (si no existen).

Ahora bien, ¿quiénes producen estos conocimientos necesarios para la gestión de la clase dirigente? La respuesta es conocida: son el verdadero ejército de técnicos o especialistas con que se manejan los gobiernos y las estructuras corporativas. Lo que a veces también se conoce como “tecno-burocracia”.⁷³

En este marco, lo que más nos debe interesar es el modo según el cual la clase dirigente regula el trabajo de estos especialistas. Para el caso, podemos identificar dos principios reguladores: uno, evitar que tales especialistas discutan los fines últimos de la actividad. Dos: que conozcan a fondo la parte y se despreocupen del todo.

En cuanto al primer punto, se ha llegado a transformar en una especie de doctrina que orienta el trabajo de los economistas, en su calidad de asesores de las políticas públicas y/o privadas. El punto se plantea así: el problema económico surge cuando frente a fines múltiples y jerarquizables, se dispone de medios relativamente escasos y que se pueden aplicar en usos alternativos. Dado esto, se señala que el economista no debe –no es su problema- discutir el aspecto de los fines. Estos constituyen un problema político y de valores y el economista es un técnico que no se debe inmiscuir en tal aspecto. Su misión es otra: dados esos fines, encontrar el mejor ordenamiento y combinación de los recursos para lograr cumplir esos fines, que para él funcionan como un dato. O sea, un problema de eficacia, en que solo se discute la mejor asignación de los recursos. O sea, su uso más racional y para nada se discute si los fines son o no racionales. En otras palabras, un técnico eficaz y, a la vez, domesticado.

El segundo punto tiene que ver con el campo de conocimiento que maneja el especialista: deben conocer como nadie tal o cual aspecto de la realidad y despreocuparse de una comprensión del todo o conjunto. Y se sostiene que mientras más especialista, lo que significa un campo de trabajo y de estudio más pequeño, tanto mejor. En otras palabras, miopes o ciegos respecto al conjunto societal y ultra clarividentes en lo más pequeño y estrecho. Por lo mismo, en relación al famoso dictum de Hegel, eso de que “la verdad reside en el todo”, se reniega y se huye como del mismo demonio. Como apunta Baran, “no está interesado en la relación existente entre el segmento del comportamiento humano dentro del cual suele operar y los demás segmentos, ni entre aquél y la totalidad del proceso histórico. Su lema ‘natural’ consiste en no meterse en lo que no le importa.”⁷⁴ Y sí, en verdad se preocupa de muy pocas cosas. Y de esas pocas, la mayor parte son bagatelas estúpidas.⁷⁵ Al cabo, arribamos a tierras yermas en que se combinan la estrechez de miras (por lo ya indicado) y una hipocresía ya visceral: se dice una cosa y se practica otra. Con lo cual empieza a delinearse un creciente escepticismo sobre el modo según el cual se ha visto al régimen estadounidense y su papel en el mundo: “¡He vivido con la mentira! ¿Por qué podemos vivir así? Diablo, hay que vivir con la mentira, no hay nada más con que se pueda

⁷³ Ver John K. Galbraith, “El nuevo Estado Industrial”, Ariel Economía, Barcelona, 1984.

⁷⁴ Paul Baran, “El compromiso del intelectual”, aparece en P. Baran, “El socialismo: única salida”, pág. 5. Edit. Nuestro Tiempo, México, 1971.

⁷⁵ El mundo de los “yuppies” es aún más desolado que el de los tecnócratas descritos por Baran. Un retrato despiadado en la novela de Bret Easton Ellis, “American Psycho”; Edic. B, México, 2000.

vivir que la mentira, ¿no es así?”,⁷⁶ dice un personaje de Williams. Y Nixon reconoce: “el pueblo americano se siente a veces profundamente desilusionado sobre la representación de su papel en el mundo.”⁷⁷ En este contexto, destacan dos aspectos que conviene remarcar.

a) *No hay visiones de conjunto sólidas.*

Ya hemos señalado que el sistema impulsa el conocimiento de lo pequeño y parcial. Las visiones del conjunto, científicamente fundadas, desaparecen. El espacio vacío tiende a ser ocupado por ideólogos y políticos vulgares. También, por expertos en la propaganda de dentífricos y cremas para la gordura. Con lo cual, lo que aparece es una pseudo-totalización, extremadamente vulgar y plagada de falsedades. Piénsese, por ejemplo, en los planteos de un G. Bush hijo, sobre el mundo unipolar y el papel de EEUU.⁷⁸ O bien, en los “sesudos libretos” (¿?) de un Berlusconi, de un Sarkozy y similares.⁷⁹ La falsedad, además, va unida a un contenido muy reaccionario. De este modo, buena parte de la población – tenazmente bombardeada por estos mensajes- pierde todo espíritu crítico y llega a pensar que Rambo es la imagen del héroe que lucha por la libertad de los humanos. Según escribía un columnista de Time, “los americanos están mal informados...son una nación de bobos ingenuos”.⁸⁰

b) *Ausencia de un proyecto movilizador.*

En las grandes potencias mundiales, como Estados Unidos, se observa una tremenda carencia política e ideológica: no hay, en las alturas del poder, ningún proyecto con dimensión nacional, histórica y moral, capaz de encender espíritus y corazones. En EEUU, el último esfuerzo conocido fue el de J. F. Kennedy, con su programa de nuevas fronteras. Este, amén de no ser muy sólido, duró muy poco y su líder fue asesinado.⁸¹ Los antiguos llamados al progreso y a la felicidad de los humanos (pensemos en Condorcet versus Fukuyama, en John Stuart Mill versus Milton Friedman) no sólo se han olvidado: hoy, resultan *incompatibles* con los intereses de la clase en el poder. La política de agresión imperial practicada por Bush ha sido un claro ejemplo de esta situación. Escuchemos sus palabras: “ésta va ser una lucha titánica entre el bien y el mal. Pero prevalecerá el bien”. El tono clerical-medieval se combina con un tono irracional-autoritario que llega a sorprender: “yo no actúo según el libro de instrucciones, actúo visceralmente (...) sólo puedo dejarme guiar por el instinto. Verá, soy un producto de la guerra de Vietnam”. Tal instinto, expresión de la voluntad de Dios, no puede ni debe argumentarse, no se trata de explicar y convencer sino de imponer: “soy el comandante (...) comprenda, no tengo que dar explicaciones (...) no tengo que explicar por qué digo lo que digo. Eso es lo interesante de ser presidente. Es posible que otras personas tengan que explicarme a mí por qué dicen una

⁷⁶ Tennessee Williams, “La gata sobre el tejado de zinc caliente”, según Sidney Finkelstein, “Existencialismo y alienación en la literatura americana”, pág. 223. Grijalbo, México, 1967.

⁷⁷ Richard Nixon, “La verdadera paz. Una estrategia para Occidente”; pág. 179. Edic. Planeta, Barcelona, 1984.

⁷⁸ Ronald Reagan es otro de los próceres del primitivismo actual. De él, su colega Gerald Ford (tampoco muy sofisticado y más bien pueril y desprovisto de valor), señaló que era un tipo muy simplón, muy dogmáticos (no aceptaba que podía estar equivocado) y muy perezoso: trabajaba muy poco. Ver Gerald Ford, “Tiempo de conciliar”, Lasser Press, México, 1980.

⁷⁹ En México, hay ejemplos no menos lamentables: Fox, Calderón, Vázquez Mota, etc. Lo que aquí brilla es la total falta de un proyecto nacional construido con un horizonte de largo plazo.

⁸⁰ Time, 25/01/2012. Según A. M. Codevilla, “The ruling class”, pág.1. Beaufort Books, N. York, 2010.

⁸¹ Barak Obama ha resultado, a lo más, un pálido remedo no ya de Roosevelt sino del mismo Kennedy.

cosa, pero yo no creo que deba darle explicaciones a nadie.” Al final de cuentas, sólo se responde a los designios divinos: “estoy en las manos del Señor”.⁸²

La contraparte de esta vaciedad, la vemos en el tremendo peso que alcanzan los medios de comunicación masiva (TV y demás), en la configuración de la conciencia pública. Estos, son capaces de transformar lo negro en blanco. Y lo más dramático es la verdadera perversión mental y moral que provocan en el auditorio.

El papel de los medios debe ser subrayado. Cuando en los países más avanzados se consolida la democracia burguesa, se elimina el sufragio censitario y se avanza al voto universal, emerge una posibilidad que mucho inquieta al capital: que las grandes mayorías expresen su voluntad por medio del voto, que las masas se rebelaran. Por eso, para no pocos, la democracia del voto era un peligro inaceptable. En todo caso, cuando la mayoría votaba por los intereses de la mayoría, siempre se acudía al recurso de la violencia. Opera aquí un principio sacrosanto: la democracia burguesa se respeta cuando la mayoría vota a favor de la minoría, es decir, cuando vota por los representantes de la clase capitalista. De lo contrario, se acude al golpe de Estado. Para el caso, siempre se han utilizado todo tipo de obstáculos y artimañas en contra de los intereses del trabajo, pero el peligro allí estaba y parecía crecer. Amén de que acudir a la fuerza militar abierta una y otra vez, no es bueno para la salud del sistema. En este contexto, en la última parte del siglo XX el capital descubre un arma milagrosa y cada vez más potente: el uso de la radio y la televisión para dominar la cabeza y el corazón de las masas. Es decir, para asegurar el poder de la clase dominante. Con lo cual, la “opinión pública” es una opinión en cuya configuración para nada interviene el público. Este, se transforma en una especie de recipiente pasivo que absorbe los mensajes que elaboran unos pocos técnicos y periodistas que trabajan para el gran capital. Y demás está señalar la grotesca manipulación que en estos medios se hace de los sucesos económicos y políticos. En suma, la estrechez, la mentira y la hipocresía parecen ser las constantes de la política burguesa en los tiempos actuales.

Rasgos como los indicados son propios del capitalismo contemporáneo, se observan en EEUU y Europa. En todo caso, respecto a Europa en Estados Unidos aparecen algunos aspectos peculiares que conviene recordar. Uno: en EEUU el capitalismo no tiene que luchar con el feudalismo, sus estructuras políticas y culturales. El país del norte *nace* capitalista. Como bien se ha dicho, los primeros inmigrantes, desde el Mayflower en adelante, traían el capitalismo en sus huesos. Dos: los padres fundadores manejan una ideología límpidamente progresista y la Declaración de la Independencia es tan avanzada como la “Declaración de los Derechos del Hombre” que proclamara la Revolución Francesa. Tres: las condiciones en que nace y se desarrolla el capitalismo estadounidense generan una alta movilidad social y la idea de que trabajando duro, se puede llegar – partiendo desde muy abajo- a las mayores alturas económicas. Cuatro: emerge y se fortalece la noción de una sociedad igualitaria y sin clases. Con cargo a cierta transfiguración que es usual, esta ideología tiende a encarnarse en las figuras de los colonos, del farmer y, en general, de las capas medias del campo y la ciudad. Son figuras que inmortaliza el cine de John Ford (más realista) y de Frank Capra (más edulcorado). En ellos campea la bondad (o rigor ético) puritana y, curiosamente, la figura de banqueros y de los grandes capitalistas, sale mal parada.

Los rasgos 3) y 4) nunca se cumplieron cabalmente, pero sí hubo casos que lo confirmaron y ayudaron a conformar uno de los grandes mitos del nuevo país. Durante el

⁸² George Bush hijo, citado en Bob Woodward, “Bush en guerra”, Edic. Península/Atalaya, Barcelona, 2003.

siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, tales componentes parecen haber alcanzado su mayor fuerza. Luego, en lo que siguió del siglo XX, esos mitos empiezan a debilitarse. El crecimiento de los monopolios, la gran crisis del 29-33, las guerras mundiales y otras como las de Corea y Vietnam (ésta, en especial), son factores que carcomen la fe estadounidense. En la literatura, que suele reflejar el proceso mucho mejor que sociólogos y politólogos, emergen con fuerza la novela social y crítica (Th. Dreisser, Dos Passos, el primer Steinbeck) y el teatro crítico (Arthur Miller, O'Neill, T. Williams). Posteriormente, destaca el movimiento beat (Kerouac, Burroughs, Ginsberg), cuya visión crítica es muy dura y a la vez nihilista.

En lo que va del siglo XXI, las antiguas creencias se siguen resquebrajando y hasta parecen derrumbarse. Emergen dudas sobre la legitimidad de las guerras imperiales (como las de Afganistán y de Irak) y uno recuerda espontáneamente al inglés Auden y su epitafio para el soldado desconocido: “Para salvar tu mundo le pediste a este hombre que muriera/ Si ahora pudiera él verte, te preguntaría, ¿Por qué?”⁸³

En el plano interno -que es el que abrumadoramente interesa más al pueblo yanqui- se extiende una nueva creencia: en EEUU la desigualdad es muy grande y el gobierno defiende el interés de los más ricos y no los del pueblo llano. Luego de la última crisis, el proceso parece incluso dar un salto y empieza a identificar al gran capital financiero, el “Big Money”, el que reina en Wall Street, como el mayor enemigo. El cuadro que sigue muestra algunos datos de interés.

Cuadro I : EEUU, percepción del conflicto clasista.

Conflicto	2009	2011
1.- Muy fuerte	15	30
2.- Fuerte	32	36
3.- (1) + (2)	47	66
4.- No muy fuerte	34	23
5.- No hay conflicto	10	7
6.- (4) + (5)	44	30
7.- (3) / (6)	1.07	2.06

Fuente: Pew Research Center, “Rising share of Americans see Conflict between Riches and Poor”, Washington, 2012.

En lo indicado destacan dos aspectos. Uno: en relación a otros conflictos como los que tienen lugar entre inmigrantes y nativos, o entre blancos y negros, el que se da entre ricos y pobres pasa a ser considerado el más importante, algo que en períodos previos no sucedía. Dos: el cambio de la percepción sobre la agudeza del conflicto de clases. En el 2009, los que creían que era fuerte o muy fuerte (47%), diferían poco de los que lo consideraban débil o inexistente (44%). Luego, en el 2011, la situación cambia sustantivamente: los que creían en un conflicto alto (66%) eran más del doble de los que le atribuían poca o ninguna importancia (30%).

Esta evolución de la opinión pública, sorprende más bien por lo retardada. En los últimos tiempos, como expresión de las políticas neoliberales que apuntan despiadadamente contra el trabajo asalariado, la desigualdad se ha profundizado en términos extremos. La

⁸³ W. H. Auden, “Poemas”, Visor de Poesía, Madrid, 2011.

tasa de plusvalía,⁸⁴ que en 1987 fue de 2.22, en 1991 subió a 2.30, en 1998 llegó a 2.46 y en el 2007 nada menos que a 3.63, un nivel que es casi “anormal” para un país desarrollado y central.⁸⁵ Consecutivamente, la parte del Ingreso Nacional que funciona como salarios pagados a trabajadores productivos pasó desde un 31.1% en 1987 a un 21.6% en el 2007.⁸⁶ Esta evolución se asocia e impacta en la distribución del ingreso que se ha tornado más y más regresiva, algo que resulta consustancial al modelo neoliberal. En este caso tenemos que el 5% de las familias más ricas, en 1980 controlaba un 16.5% del Ingreso Total y en el año 2010, la parte controlada había subido a un 21.3%. Entretanto, el 20% más pobre de las familias redujo su participación desde 4.2% en 1980 a un muy pequeño 3.3% en el 2010. Los datos básicos se muestran en el cuadro que sigue.⁸⁷

Cuadro II: EEUU, distribución del ingreso, 1980-2010.

Familias	1980	2010	Variación (en %).
5% más rico	16.5 %	21.3 %	+ 29.1 %
20% más rico	44.1 %	50.2 %	+ 13.8 %
20% más pobre	4.2 %	3.3 %	- 21.4 %
Coefficiente de Gini	0.403	0.469	+ 16.4 %

Fuente: M. Yates, obra citada.

Como vemos, la participación del grupo más pobre, se ve seriamente afectada: cae en un 21.4%. Entretanto, la cuota de los más ricos se eleva fuertemente. Aquí, el 5% más rico elevó su participación en un 29.1%. La concentración de la riqueza es aún mayor: el 5% más rico controlaba un 58.1% de los activos (reales y financieros) netos en 1983 y subió a un 63.5% en el 2009. La distribución también refleja la discriminación racial: en el 2009 el valor medio de la riqueza que poseían las familias negras era de \$ U.S. 2200 dólares. Entretanto, la media de las familias blancas llegaba a \$ U.S. 97900. O sea, casi 45 veces mayor.

En las nuevas condiciones, la adhesión al sistema cae. Pero no surge ninguna propuesta alternativa sólida, movilizadora y masiva. Obama despertó entusiasmo, pero apenas llegado al gobierno provocó una decepción mayor. Hasta ahora, lo que se observa son algunos gritos de rebeldía (como el de Ocupar Wall Street) y, sobremanera, el afán – algo cándido- de volver al pasado primigenio: no el real sino el forjado por el mito. Esta situación, que une el descontento a la impotencia política, ha generado un suelo fértil a movimientos proto-fascistas como el TEA-Party.⁸⁸

⁸⁴ La tasa de plusvalía es igual a un cociente entre la masa de plusvalía anual y el capital variable gastado en el año. El Ingreso Nacional es igual a la suma de esos dos factores.

⁸⁵ Los datos son tomados de José Valenzuela Feijóo, “La gran crisis del capital”, pág. 196. UAM, México, 2009. Estos valores se aproximan a los que tenían lugar en el México de la década de los setenta o antes. Aunque luego del experimento neoliberal, al iniciarse el nuevo milenio la tasa de plusvalía giraba entre 5.5 y 6.0 aproximadamente. Ver Jorge Isaac et al, “México: explotación y despilfarro”, Plaza y Valdés, México, 1999.

⁸⁶ Si denominamos (wp) a esta porción y (p) a la tasa de plusvalía, se tiene que $wp = 1 / (1 + p)$.

⁸⁷ Ver Michael Yates, “The Great Inequality”, en Monthly Review, vol. 63, n° 10, marzo 2012.

⁸⁸ Sobre esta agrupación, ver A. M. Codevilla, “The Ruling Class”, obra citada. Este, es un texto favorable. Una evaluación más rigurosa y crítica en Anthony DiMaggio, “The rise of the Tea Party”, MR Press, 2011.

XI.- Dilemas.

La ideología de la burguesía primeriza, tal como vg. se expresa en el ideario de la Ilustración, hoy nos puede resultar muy atractiva pero, lo que más nos debe interesar es cómo fue recibida en la Europa de su tiempo.

A buena parte de la burguesía, le tuvo que resultar atractiva, más en sus connotaciones práctico-utilitarias que en las de carácter más “metafísico” o ideal. En especial y más allá de las reivindicaciones políticas de Voltaire y Rousseau, de seguro se sentían muy complacidos con las prédicas de la fisiocracia y luego de Bentham y Adam Smith. A otro segmento, muy pequeño y proveniente de la nobleza, le causó entusiasmo e inclusive pasó a desarrollar y difundir el nuevo credo. Una parte importante del artesanado urbano también apoyó y en su segmento más letrado (abogados, médicos, escritores) fue agente directo de la nueva ideología. A la clase obrera, aún débil y políticamente muy subdesarrollada, la afectó superficialmente.⁸⁹ En sus versiones más radicales, al estilo de Rousseau, generó simpatía, pero sólo dirigentes muy esclarecidos como Babeuf – y luego de vacilaciones y errores de apreciación política no menores, respecto vg. a los jacobinos-descubrieron su núcleo más radical y las tremendas implicaciones que encerraba.⁹⁰ En cuanto a los campesinos, que eran de lejos la parte mayor de la población ocupada (un 60% o más), tuvieron una actitud dual. En cuanto el movimiento revolucionario atacaba al Antiguo Régimen, les permitía deshacerse del yugo feudal y les daba pleno acceso a la tierra, lo apoyaron.

A la vez, su proverbial conservadurismo y estrechez de miras, los llevó a rechazar la componente laica (o deísta o atea) y racional del pensamiento ilustrado. Y valga la observación: el brutal realismo político de Napoleón resulta muy claro en el especial cuidado con que manejó su relación con los campesinos. Amén de concederles la propiedad (y de usarlos como fieles soldados), se cuidó de ocultar su ateísmo y buena parte de sus ostentosos ceremoniales monárquicos apuntaban directamente a impresionar a las huestes campesinas.

De lo expuesto, podemos deducir que incluso en sus principios el ideario demoburgués ilustrado encontró serios problemas para materializarse a plenitud en la vida social.

⁸⁹ “Una clase que surgía, pequeña, dispersada, heterogénea, ignorante de su futuro y a menudo también de sus intereses inmediatos, mal organizada: tal era la clase obrera en vísperas de 1789.” Etienne Fajon, “La clase obrera en la Revolución de 1789”, aparece en M. Thorez et al, “La revolución francesa”, pág. 116. Grijalbo, México, 1988.

⁹⁰ Babeuf tuvo el buen tino de rechazar las propensiones beatas e irracionales del último Rousseau: “en principio Babeuf fue rousseauiano; lo fue por su manera de ser y por su situación social, tanto por su actitud de principio frente a la desigualdad social y a la propiedad privada. Aprueba, con algunas reservas, la libertad de educación de Emile y se inspira en ella para educar a sus propios hijos. Concibe como Rousseau el origen de la desigualdad. Admite que la “voluntad general” es la de la mayoría, sobre la que se fundamenta la legitimidad del “soberano”. Pero aquí termina el rousseauismo de Babeuf: rechaza el pesimismo filosófico de Jean Jacques (o, como mínimo, lo que se consideraba como tal en aquel tiempo); Babeuf, como discípulo de la filosofía de las Luces, cree en el progreso y, como Condorcet, admite que la difusión de los conocimientos puede conducir a la emancipación del género humano. Refuta la religiosidad de Rousseau. (...) A pesar de algunas incertidumbres sobre la religión (...), parece que un materialismo inspirado en Helvetius ordena su pensamiento a partir de 1788. De todos modos se declarará ateo, sin equívocos, algunos años más tarde.” Ver Claude Mazauric, Introducción, en “Babeuf. Realismo y utopía en la Revolución Francesa”, pág.18. Edic. Península, Barcelona, 1979.

El tipo de razón que esgrimía, resultaba demasiado amplia como para caber en la razón burguesa de esos tiempos. Es como si la historia hubiera recogido sólo algunos elementos dejando los otros para una mejor ocasión.⁹¹ Luego, con un capitalismo ya muy maduro, dominado por los grandes monopolios y muy conservador, la concreción del ideario ilustrado se torna mucho más difícil y quizá imposible. Como escribía el poeta, “Resuenan pisadas en la memoria /por el sendero que no recorrimos.”⁹²

Lo anotado, ¿significa que los ideales de la Ilustración han periclitado para siempre? Si las ideologías perecen con la clase que ha sido su portadora, la respuesta sería sí. La historia nos muestra ideologías que se desploman por completo y que hoy, inclusive nos parecen perfectamente ridículas, como esa noción de los Reyes como siendo por “derecho divino”. Pero, también nos muestra que algunos elementos se conservan y desarrollan. El derecho romano, vg., reaparece en no pocos aspectos del derecho moderno. El arte griego, la filosofía y la geometría de esos tiempos no han periclitado. De seguro, la física de Aristóteles se derrumbó por completo. Pero renegar de los principios más elementales de la lógica aristotélica es simplemente absurdo. En corto: podemos suponer con total seguridad que los contenidos científicos de la ideología dominante –en una palabra, las adquisiciones de la ciencia contemporánea- serán preservados y desarrollados.⁹³ Y en otros espacios, como el de las libertades humanas, la justicia y la igualdad de los humanos, podemos esperar que una parte importante del ideario ilustrado (pensemos en su ala francesa: Diderot, D’Holbach, Helvetius, Mably, Rousseau, etc.), será retomada, afinada y materializada de acuerdo a las condiciones y posibilidades que debería abrir un nuevo orden social.⁹⁴

El problema clave de nuestro tiempo justamente apunta a una *constatación*: el actual orden capitalista imposibilita materializar esos ideales. También a una *necesidad*: cambiar este orden y reemplazarlo por otro que sí posibilite e incluso necesite, para funcionar, que esos ideales se materialicen a fondo. En este marco, valga recordar a Marx cuando escribía que “nos hallamos en presencia de un gran hecho característico del siglo XIX (...). Por un lado, han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos síntomas de decadencia que superan en mucho a los horrores que rigen la historia de los últimos tiempos del Imperio Romano. Hoy día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción (...). El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su

⁹¹ “Todo notario lleva en su intimidad las ruinas de un poeta” decía Flaubert. Y agregaba: “todo burgués se ha creído, en el ardor de los años mozos, bien por un día o por un minuto, capaz de sentir inmensas pasiones y de emprender las más altas empresas”. Al cabo, debe primar el consejo de Monsieur Homais el boticario: “¡Prudencia! ¡Prudencia sobre todo!” Cf. Gustave Flaubert, “Madame Bovary”. Citamos la edición de Espasa-Cape (colección Austral), Madrid, 1971.

⁹² T. S. Elliot, “Tierra baldía y Cuatro cuartetos”; Fontanamara, México, 2007.

⁹³ Este supuesto equivale a otro: que el ser humano no optará por su suicidio como especie.

⁹⁴ “Si la libertad perece en Francia (...) la razón humana retrocederá a los abismos de la ignorancia y de la barbarie [...]. Si tal sucede, hay que elevarse por encima de la misma humanidad. Nosotros no combatimos sólo por un pueblo sino por el universo; no sólo a favor de los hombres que hoy existen sino también por los que vivirán en el futuro [...]. La República francesa es invencible como la razón e inmortal como la verdad.” M. Robespierre, “Sur la situation politique de la Republique”, en Textes Choisis, Tome 3, pág. 76-7. Edición citada.

propia infamia.”⁹⁵ Si esto era cierto en el último tercio del siglo XIX (la marca del genio se detecta en su capacidad para identificar lo que a futuro será dominante aunque, de momento, no sea muy visible), lo es con mucha mayor fuerza en los inicios del siglo XXI. Baste un ejemplo: la ciencia y la técnica, aplicada a fines militares, nos ha llevado a una situación en que una guerra en que se empleen los recursos más sofisticados, provocaría - muy probablemente- la desaparición de toda, o casi toda, la humanidad.

Pero, ¿acaso suprimir el colapso nuclear suprime la *malaise*, la vaciedad y horrores de la vida cotidiana? Primero, digamos que las guerras no desaparecen: cambian sus formas y su localización (se concentran en el tercer mundo, se utilizan ejércitos ajenos, incluso corsarios) pero se suceden una tras otra. Los crímenes civiles también. El racismo es otra componente clave. Factor que conecta a los blancos con los negros y desde hace algún tiempo también con mexicanos y latinos. Su impacto degradante es conocido y sólo cabe subrayar que no deja indemnes al polo blanco opresor.⁹⁶ En algunos aspectos se ha debilitado (la elección de Obama es un signo pero no debemos olvidar que ha suscitado una oposición feroz, en parte por razones políticas, pero también por su condición de negro) pero en épocas de alto desempleo recrudece.

Otro fenómeno, muy visible, es la enfermedad del consumo alienado y del arribismo enfermizo. Lo que Sinclair Lewis retratará ya en *Babbit*, Dreisser en su “*American tragedy*” (“*Ambiciones que matan*” en la edición castellana) y muchos otros autores.⁹⁷ Tal vez lo peor se encuentra en el tipo de relaciones sociales que va configurando el sistema. Al interior de las fábricas, la opresión que sufre el obrero es extrema. La alta intensidad y la alta cuota de accidentes, la obligación de ejecutar tareas impuestas y, en un sentido general, el realizar un trabajo que en vez de enriquecer como ser humano al obrero, simplemente lo idiotiza. Al cabo, la vida pareciera que sólo puede tener lugar fuera de la fábrica, en el fin de semana. Como en la novela de Sillitoe, “*todo comienza el sábado*”: la vida, si existe, sólo se da fuera del trabajo. Como quien dice, el pájaro sólo vive si deja de volar. Si subimos por la pirámide organizacional, los problemas cambian de forma pero la enajenación subsiste. Y podemos constatar que el análisis de Marx sobre el “trabajo enajenado” conserva toda su validez. Incluso resulta acrecentada pues cuando leemos y estudiamos sus textos, pareciera que se refieren a las realidades contemporáneas.⁹⁸

Fuera de la fábrica, las relaciones sociales vienen moldeadas, en lo fundamental, por los nexos de tipo mercantil. En este marco, lo determinante son las relaciones de corte formal-abstracto, frías, impersonales y ajenas a consideraciones subjetivas. La idea reguladora es dejar fuera a todo elemento sentimental. Por lo mismo, se generan carencias emocionales de orden mayor. Tales relaciones son también ferozmente competitivas, de tipo darwineano. El hombre llega a sentir que vive en una selva en que no hay semejantes sino fieras salvajes al acecho. Lo que uno logra, es a costa de otro y vice-versa; el triunfo de uno, supone la destrucción del otro. Este tipo de relaciones, del todo ajenas al principio de solidaridad, provocan una tensión nerviosa extrema. Además, este tipo de vínculos no son circunstanciales sino cotidianos, propios del día a día. Así las cosas, se comprende el

⁹⁵ C. Marx, “Discurso en la fiesta del aniversario del *People’s Paper*”; en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo I, págs. 513-4. Edit. Progreso, Moscú, 1974.

⁹⁶ Aquí, parece operar la famosa dialéctica del amo y el esclavo, ya señalada por Hegel.

⁹⁷ Un examen sociológico clásico es el de Vance Packard, “*Los buscadores de prestigio*”, EUDEBA, Buenos Aires, 1971.

⁹⁸ Ver, especialmente, sus “*Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*”, Edit. Progreso, Moscú, 1989.

terrible desgaste emocional que engendra la vida laboral y social en las sociedades contemporáneas.

El listado de las miserias morales que ocasiona el sistema se puede alargar bastante, pero resulta más interesante enfatizar otro aspecto: todas esas miserias están articuladas entre sí y son *resultantes* de las bases estructurales del sistema. En consecuencia, si estas bases no se eliminan, todas las medidas que se pudieran tomar para eliminar esas miserias serán impotentes, algo así como recetar aspirinas para combatir un cáncer terminal.

Los males que se observan en Estados Unidos, se suelen comparar con los presentes en otros países. En algunos casos la situación resulta peor (vg. México) y en otros más o menos parecida (vg. Francia, Inglaterra, etc.). Esta comparación está mal enfocada y sólo muestra que el problema es del sistema y no de las posibles peculiaridades raciales y/o nacionales. Estas sí influyen, pero explicando la varianza, no los valores de tendencia. La comparación relevante es la que debería efectuarse entre la actual situación y la que podría lograrse si hubiera un cambio en las bases estructurales del sistema. Por ejemplo, ¿qué sucedería con el PIB (nivel y tasa de crecimiento) si se ocuparan a plenitud los recursos productivos y se eliminaran despilfarros y usos improductivos como los militares, la publicidad y similares? La respuesta es conocida: los niveles y ritmos de crecimiento del PIB por habitante se multiplicarían en términos impresionantes, el progreso técnico se reorientaría y aceleraría, se podría avanzar a jornadas de trabajo menores (una meta de alrededor de las 30 horas semanales sería fácil de lograr), mejorarían las condiciones de salud, de educación, etc. En corto, la calidad de vida experimentaría un salto espectacular. Lo que se podría lograr, con otra base estructural, en relación a lo que el sistema logra, es algo que va creciendo más y más. Es decir, hay un margen creciente de oportunidades que no se aprovechan.

Tenemos entonces una confluencia dramática: las miserias humanas crecientes que ha ido generando el sistema junto a las tremendas posibilidades que él mismo ha creado pero no es capaz de aprovechar. Algo así como ver los cielos más y más azules mientras uno se va hundiendo más y más en los infiernos más negros y terribles. Todo apunta a la urgente necesidad de un cambio estructural. Pero, a la vez, tal transformación no parece estar a la orden de estos tiempos. El problema concreto lo planteó muy claramente Rosa Luxemburgo: "... si el proletariado fracasa en el cumplimiento de sus deberes como clase, si fracasa en realizar el socialismo, todos nos hundiremos juntos en una ruina común."⁹⁹

El juicio de la Luxemburgo tiene hoy una actualidad y vigencia que estremece. El socialismo ha tenido fracasos en toda la línea: en los países donde la revolución triunfó, no solamente se construyeron sociedades que, al cabo de los años, se apartaban bastante de lo que siempre se pensó como rasgos esenciales del nuevo orden. Más aún, casi todos ellos se derrumbaron estrepitosamente y, en su interior, no hubo ningún movimiento social medianamente fuerte que se opusiera a la ruta del capitalismo explícito. Quizá lo más duro fue constatar que, a nivel de la opinión pública mundial, todo ello se entendió como el "derrumbe de los socialismos", como la prueba empírica que ese ideal no era posible de materializarse en la historia. Lo cual, también nos estaría diciendo: el ser humano no tiene derecho a la felicidad.

En este contexto, las grandes potencias imperiales explícitamente capitalistas, Estados Unidos en especial, se quedan sin el contrapeso de la antigua URSS. Se arriba, en

⁹⁹ Rosa Luxemburgo, citada en Norman Geras, "Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo"; pág. 35. Ediciones ERA, México, 1980.

lo inmediato, al mundo unipolar de Bush. Además, esto se une a la emergencia del patrón neoliberal, en el primero y en el tercer mundo. Régimen éste que supone, en primerísimo lugar, un ataque en toda la línea al proletariado industrial: crece el ejército de reserva industrial, la tasa de plusvalía salta hacia arriba, los sindicatos y partidos de izquierda son literalmente destruidos. En breve, opera la coacción económica y, a la vez, la coacción política abierta en contra de los trabajadores. Y junto a esta devastadora represión, opera el impacto psicológico y moral de ver un socialismo que se derrumba, que desaparece de la escena.¹⁰⁰ En corto, mientras el capitalismo avanza a una fase de degradación más elevada, la clase obrera muestra una grande debilidad y hasta parece desaparecer de la escena. Es el pantano, un mundo que emite miasmas y azufre, sin que nadie sea capaz de rescatarlo.

Se comprende el dilema moral que esta situación plantea: vivimos en un mundo que ahoga, oprime y asesina y, a la vez, somos incapaces de destruirlo, de avanzar a uno que esté más a la medida del ser humano, de su felicidad y desarrollo. Que esta impotencia genere un nihilismo extremo no puede extrañar: resulta casi inevitable. Y si algunos, ya amargados, decían que se vive para morir (el “sein für tod”), ahora perfectamente podrían corregir y señalar que se vive con y en la muerte.¹⁰¹

De lo expuesto podemos deducir dos grandes problemas. El primero es de carácter moral: ante semejante impotencia, ¿qué se debe hacer? ¿Encerrarse en la casa propia, cerrar sus ventanas y olvidarse de la lucha por un mundo mejor? Esta es una opción y que parece ser la elegida por la mayoría. La otra opción es asumir la postura pergeñada por un Romain Rolland: “todo hombre que lo sea en verdad debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos y, si es necesario, contra todos. Pensar sinceramente, aún contra todos, significa todavía hacerlo por todos. La humanidad necesita que quienes la aman le hagan frente, y, cuando es preciso, se rebelen contra ella. No la serviréis falseando vuestra conciencia y vuestra inteligencia a fin de adularla; sí defendiendo su integridad contra sus abusos de poder. Vuestra voz es una de sus voces, y vosotros si os traicionáis la traicionáis.”¹⁰²

El segundo gran problema emerge o desaparece según la respuesta que se dé al primero. Si la opción que se asume es la de recluirse en lo privado, el problema desaparece. Al revés, si el compromiso por el cambio se mantiene, surge la gran interrogante: ¿cómo lograr que ese cambio se materialice? Lo cual, nos remite a otra pregunta: ¿cómo generar la fuerza política que pueda imponer ese cambio? La respuesta, para nada sencilla, excede ampliamente los propósitos de este trabajo. En todo caso, valga señalar una tarea absolutamente central. En esa práctica de acumulación de fuerzas -en lo ideológico y político- debe operar un proceso de *negación dialéctica* de la ideología burguesa primigenia (que no primitiva) y más avanzada. Algo así como un volver para ir más lejos, de retomar los ideales de la burguesía más avanzada e ilustrada para -ahora sí- concretarlos en

¹⁰⁰ Apuntando a Stalin, Ginsberg escribe que “él ha matado para siempre nuestra vieja Revolución Roja.” Y como balance: “No hay esperanzas Comunismo No hay esperanzas Capitalismo Yeah”. Cf. Allen Ginsberg, “Oda plutoniana y otros poemas (1977-1980)”. Visor, Madrid, 1984.

¹⁰¹ “La imagen rota del Hombre avanza minuto a minuto, célula a célula... Pobreza, odio, guerra, delincuencia policiaca, burocracia, locura, síntomas todos del Virus Humano”. William S. Burroughs, “El almuerzo desnudo” (Anagrama, Madrid, 2011). Esta novela, un espeluznante y brutal recorrido por las cloacas de la droga y de la homosexualidad degradada y enfermiza, se publicó en 1959, años de decepción, desencanto y guerra fría. Y si bien parecía retratar a seres marginales, pronto se entendió como expresión del ser humano a secas. Como mínimo, del ser estadounidense.

¹⁰² Romain Rolland, “Clerambault: uno contra todos”, Introducción, pág. 14. Edic. Pavlov, México, 1946.

términos que el mismo sistema capitalista es incapaz de hacerlo y que incluso, hoy los rechaza abruptamente.

El mencionado es un proceso que rechaza y asimila, que suprime y que conserva. Que no parte desde el cero sino desde lo más avanzado de la civilización moderna y que, por lo mismo, se asienta férreamente en las exigencias de la razón y de la ciencia. Luego, este proceso no puede coquetear con la sinrazón y el primitivismo cultural, esa especie de estado de ánimo -propio de los derrotados, ya sin esperanzas- que hoy predica sobre las bondades del “salvaje feliz” y que esgrime un rechazo a veces completo y absoluto de la razón y la modernidad.¹⁰³ Se cree que esto implica rechazar el capitalismo, pero adviértase que este “rechazo” nos remite a formas económicas y políticas muy primitivas y pre-capitalistas. De hecho, se nos invita a una peculiar caminata histórica: ir hacia atrás, hacia el pasado. Un poco al estilo de lo que predicaba el romanticismo irracionalista alemán, de Jacobi y cía. El cual, no lo olvidemos, de querer recuperar la edad media feudal terminó por desembocar en el nazismo de los Heidegger y similares.¹⁰⁴

De seguro, si vamos a criticar al capitalismo caminando hacia adelante, debemos aplicar el *aufheben hegeliano*. Siendo éste, el único movimiento que puede asegurar una *auténtica ruptura histórica*, ruptura que también implica continuidad (por la vía de los saltos, no del *gradualismo* marshalliano) y progreso real de la humanidad.

XII.- Una posta o relevo histórico.

Intentemos una visión de conjunto y muy sintética. En su fase de ascenso histórico, la burguesía maneja una ideología que es muy crítica del orden vigente –diríamos corrosiva- que es progresista y guarda importantes puntos de contacto con la realidad: saca a la luz, verdades que el antiguo régimen trataba de ocultar. En lo grueso, podemos hablar de una clase congruente: los ideales que enarbola se corresponden, aproximadamente –más en ciertos aspectos, menos en otros- con la práctica política que despliega. Práctica que es revolucionaria y provoca una honda transformación en la vida de los humanos.¹⁰⁵

Luego, después de un largo arco histórico, la clase dominante se torna prácticamente conservadora y si no en las palabras, en los hechos abandona el ideario que la guió en sus primeros tiempos. Es decir, se abre un hiato creciente y hasta oposición entre su práctica económica y política –ya muy reaccionaria- y lo que fueran sus antiguos ideales de culto a la razón y a la libertad. Son tiempos de hipocresía y falsedades. Esa disociación se puede y debe superar. Pero ya no por encargo de la hoy vetusta clase dominante sino por

¹⁰³ Son muchos los antiguos izquierdistas que, abrumados por la derrota histórica del socialismo, en vez de afilar mejor las armas se han refugiado en la cloaca de la irracionalidad, del posmodernismo y similares. Estas tendencias han venido funcionando como un auténtico opio y por lo que se ha visto, terminan por converger con el opio más antiguo y tradicional. Un caso paradigmático es el del ex-ultra Regis Débray, que últimamente se ha dedicado a defender a la religión como algo ineludible e indispensable a la condición humana.

¹⁰⁴ Es bastante patético que gente con algunas intenciones progresistas, como el activista y poeta mexicano Javier Sicilia, inicien sus intervenciones públicas invocando al nazi Heidegger. Si tales son las lecturas, aparte de su contenido reaccionario, muy poco se avanzará en términos del respeto a la lógica más elemental. Por ejemplo, cuando se nos llama a “sondear lo insondable”, o se nos dice que “la nada nadea”, podemos presumir que algunas o muchas neuronas serán destruidas.

¹⁰⁵ De hecho, podemos sostener que es lo radical de la nueva práctica, productiva y política, lo que determina lo radical, crítico y verdadero de la nueva ideología: “sin teoría revolucionaria (en este caso, la de los ilustrados y de los grandes economistas clásicos) no hay práctica revolucionaria. Y vice-versa.”

el camino de la supresión del régimen capitalista que la sustenta. Lo cual, exige que suba a escena un nuevo actor o sujeto histórico: la clase trabajadora. Esta, junto con las tareas de supresión, debe recoger los antiguos ideales de la burguesía, *asimilarlos críticamente* (por ende, no dejarlos indemnes) y materializarlos en las nuevas realidades a construir y desarrollar. De este modo, el fuego de las antiguas antorchas no se perderá, aunque ahora deberá arder en antorchas nuevas que serán llevadas por atletas más fuertes, más altos y más elásticos. También, más humanamente hermosos. Pues como Fausto lo decía, “¡Cómo me regocija ese tintineo de las palas! Es la multitud lo que me alegra, y ver a la tierra reconciliada consigo misma, [...] Un gentío así querría yo ver y hallarme en una tierra libre con un libre pueblo.”¹⁰⁶

¹⁰⁶ Goethe, “Fausto”, en Obras Completas, T. IV. Aguilar, Madrid, 1991.

